
MERCEDES ABAD
CASA
EN VENTA
Ilustrado por Álvaro Ardévol
PÁGINAS DE ESPUMA

CASA EN VENTA

MERCEDES ABAD

Ilustrado por Álvaro Ardévol



Mercedes Abad, *Casa en venta*
Primera edición digital: abril de 2020

ISBN epub: 978-84-8393-660-3

Colección Voces / Literatura 296

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Para Álvaro

I

EN VENTA

Los vi asomar el hocico por primera vez una tarde de finales de verano. Si he sonado ligeramente desdeñosa es porque sé que antes de entrar dentro de mí se habían metido en otro piso más grande —cuatro habitaciones cuando yo solo tengo tres, y un salón más impresionante—, pero cuya orientación al noreste no les gustó, porque la mayor parte de la vivienda queda siempre en sombra y da al edificio gemelo y a la piscina comunitaria que se halla entre ambos. Enseguida intuyeron que vivir allí los exponía al griterío de los niños chapoteando en la piscina y jugando a la pelota en el jardín cuando hiciera buen tiempo. Eso sin mencionar que el precio era muy superior al que pedían por mí. ¿Me gustaron ellos dos? No lo recuerdo bien, quizá porque en aquel entonces prefería atrincherarme en la indiferencia. Bastantes decepciones había sufrido ya a lo largo de los siete años que llevaba construida y por vender. Siete años vacía, siete años desnuda, siete años clausurada, con las persianas bajadas, ciega al exterior. Siete años, uno detrás de otro, siete años sintiéndome rechazada e inútil. ¿Cuántos me habían visitado y recorrido mis estancias? ¿Cuántos habían premiado mi belleza con prometedoras exclamaciones de júbilo y toda clase de elogios que, sin embargo, a la hora de la verdad no se materializaron en un contrato de compraventa? Algunos de ellos debieron de intentarlo, pero estábamos inmersos en una crisis severa y es probable que los bancos les denegaran el crédito. O bien se cruzaron con otro piso que les convenía más. Desconozco los detalles, pero he aprendido a desconfiar de las alabanzas por vehementes que sean. Algunas alcanzaron cumbres de exaltación y sinceridad de lo más convincentes. Aunque yo siempre fui particularmente sensible a los que, bajo el primer impacto, se mostraban incapaces de articular un discurso y atascados en el nivel onomatopéyico me masajeaban el ego con sucesivas oleadas de ohs y de ahs. Por otra parte, siempre he sido lúcida y jamás me he engañado con respecto a quién soy. Sé que mi mayor virtud no soy tanto yo misma como el paisaje que ofrecen mis numerosas

ventanas. Ese mar inmenso que ante mí se despliega ha arrancado más exclamaciones, onomatopéyicas o no, que mis proporciones y hechuras, sobre las que rara vez he oído expresar la menor sombra de queja. En cuanto a mis defectos, hay uno que predomina sobre los demás: no soy céntrica. El edificio que me cobija está más o menos en medio de la nada, en un paraje solitario y desolado que solo el mar dignifica, a los pies de las inmensas chimeneas de una central térmica fuera de uso que algunos juzgan magníficas y otros espantosas, con un descampado a un lado y un polígono industrial imparcialmente horrendo del otro lado de la vía del ferrocarril que se halla a mis espaldas y cuyas orillas son objeto de un incesante vertido de basuras que le dan aspecto de vertedero y atrae a multitud de ratas. Por si eso fuera poco, casi todos saben que me construyeron sobre terrenos largo tiempo ocupados por fábricas diversas que desaparecieron dejando tras de sí una herencia ignominiosa de contaminación. Además, a veces flota sobre el barrio un hedor a cloaca. Entre una cosa y otra, no me hacía ilusiones. ¿Para qué? Las visitas, es cierto, me sacaban del aburrimiento y la tristeza en que transcurría mi vida y las esperaba impaciente. Pero si al principio recibía alborozada al empleado de la inmobiliaria que venía a subir las persianas y a ventilar y que a veces incluso se tomaba el trabajo de barrer un poco el suelo y limpiar las cristaleras para adecentarme un poco, con el tiempo y los desengaños llegué a temer las visitas. Lo confieso, sí: en muchas ocasiones me había encariñado con los posibles compradores. Solange se llamaba la que más me gustó entre todos mis pretendientes, una violinista francesa de unos treinta años, rubia y alta, sutil, ingrávida y gentil como una pompa de jabón, que pisaba mis suelos como nadie ha vuelto a hacerlo, con una especie de reverencia, y que apenas dijo nada, pero cuyo embelesado silencio bastó para desatar locas esperanzas en mí. Había algo en la forma en que me contemplaba con sus ojos de color ámbar que me hacía sentir la más bella morada a la que se pudiera aspirar. Hasta tres veces vino a verme antes de desaparecer para siempre, la primera con su marido y una niña pequeña a quien se dirigía en francés, una lengua que me gustó más que cualquier otra que hubiera oído jamás; la segunda se presentó sola, vibrante de un entusiasmo que aun siendo contenido, como lo era todo en ella, me hizo estremecerme. La tercera fue mágica, mística, jamás pensé que viviría un momento así. Solange había traído un estuche del que sacó un violín. También lo llevaba el primer día, cuando vino acompañada por su marido y la niña. Pero fue solo entonces, en esa tercera e inolvidable visita cuando, de pie en el salón, de cara al mar, se puso a tocar su instrumento. El empleado de la inmobiliaria nos había dejado a solas porque ella se lo pidió con tal delicadeza que era imposible negarse. Tenía eso Solange: una

delicadeza en cuyo núcleo habitaba un elemento sólido e incorruptible, una férrea determinación envuelta en terciopelo ante la que era difícil no doblegarse. Así que no sé el título ni el autor de la pieza que interpretó porque excepto yo, nadie estuvo allí para hacer las preguntas que habrían resuelto el misterio. Solo sé que alternaba movimientos vivaces y fogosos, casi desenfrenados, con fragmentos en que el ritmo daba un brusco frenazo y tras un breve silencio empezaba a arrastrarse y enroscarse en notas lentas y lánguidas, como de mar en calma después de la tempestad. Aquella música me embellecía, me hacía mejor de lo que soy y me desgarraba de un placer tal que en algunos momentos rayó en lo insoportable. Quise retenerla. A Solange, quiero decir. Luché con todas mis fuerzas, con toda mi sabiduría, para que la acústica de mis paredes devolviera las notas de manera armoniosa. Para que ninguna inoportuna vibración pudiera alterar la pureza de la interpretación. No sé cuánto tiempo escuché embriagada, en éxtasis, pero todavía recuerdo con íntimo alboroto la profunda sensación de comunión con Solange y el violín. Qué bien sonaba la música y cómo me masajeaba y me llenaba y penetraba y percutía hasta en el último rincón de mis vacíos armarios y daba sentido a mi vida, tan anodina hasta entonces. Era como si siempre lo hubiera estado esperando, como si el arquitecto que me proyectó y el contratista que calculó presupuestos y adquirió materiales y los albañiles que levantaron forjados y paredes se hubieran puesto sin sospecharlo al servicio de ese instante de gloria. La música reverberó dentro de mí mucho tiempo después de que la intérprete se fuera. Aún soy capaz de recordar fragmentos enteros de la pieza.

Nunca he estado más excitada y expectante que los días que siguieron. Exultaba, trepidaba, no cabía en mí, desbordaba. Aguardaba impaciente la llegada del camión de mudanzas que desembarcaría aquí las cosas de Solange, sus muebles, sus alfombras, mis futuros ropajes. Pasé esos días muy entretenida imaginando los enseres y, sobre todo, la ropa sencilla, ligera y vaporosa que llenaría mis armarios y los conjuntos de fina ropa interior que se alinearían en mis cajones uno al lado del otro. No me cabía la menor duda de que ella sería una mujer ordenada y escrupulosa que colocaría las prendas según la utilidad y los colores: a un lado la ropa clara y veraniega y las cosas de cada día; al otro, los pantalones y las blusas, las faldas y los vestidos para sus actuaciones. Sin duda viajaría mucho porque su brillante carrera la llevaría de Nueva York a Sídney y de París a Berlín. Yo la vería hacer las maletas con pena, pero me consolaría pensando en lo feliz que sería cuando por fin regresara. Me daba rabia no poder escuchar sus conciertos, pero confiaba en que ensayara mucho aquí o que tal vez me permitiera escuchar grabaciones. Sin embargo, lo que más ilusión me hacía —tanta que apenas me atrevía a

pensar en ello— era que la familia se multiplicase en mi interior. Que Solange se quedase embarazada estando dentro de mí. Yo lo sabría en el acto, lo intuiría mucho antes de que ella tuviera la primera sospecha; las casas siempre sabemos ese tipo de cosas.



Me quedé atónita primero y consternada después el día en que, sin tomarse la molestia de ventilar primero —pero yo casi lo preferí porque el olor a madera y clavo de Solange aún flotaba en la atmósfera— el chico de la inmobiliaria volvió acompañado por dos desconocidos y subió a toda prisa las persianas para enseñar mis dominios. ¿Y Solange? Aquella nueva visita, ¿significaba que quien ya era mi propietaria espiritual, la dueña que yo había elegido, no iba a adquirirme? ¿Acaso nunca más volvería por aquí? ¿No volvería a verla ni a deleitarme en la caricia de su voz grave y algo rota, que se arrastraba un poco en ciertas sílabas y con su leve acento francés cambiaba la música de palabras familiares de forma que era como si lo oyeras todo por primera vez? Me hundí en un pozo sin fondo de desolación. Aunque fuera lucía el sol, la oscuridad me envolvió. Algo debieron de percibir los visitantes porque exclamaron poco y enseguida se fueron. Menos mal que me dejaron en paz, porque sus pisadas se me hicieron insufribles, como si me estuvieran violando. Podría jactarme de haberlos expulsado, pero mentiría. Se fueron por voluntad propia. Nadie quiere vivir en una casa que no te quiere, que

te detesta incluso, que se encierra en sí misma porque acaba de sufrir una desilusión. En cuanto cerraron la puerta tras de sí y dejaron de mancillarme, me entregué a la amargura. No podía dejar de darle vueltas a la última visita que me había hecho Solange. ¿Había venido a probarme, a ver si mi acústica era apropiada para ensayar en mi interior? ¿Le había fallado acaso? ¿Me había mostrado por debajo de sus expectativas? ¿No era yo un buen lugar para una violinista? No sabría decir cuánto tiempo viví martirizada por esos pensamientos. Me acusaba, me odiaba y aborrecía la criminal mezquindad de los constructores que no habían concedido importancia a mi acústica y me habían hecho indigna de alguien como Solange. Hasta que de repente recordé un gesto suyo. Me vino a la mente el momento en que, justo antes de partir, después de haber guardado en su estuche el violín, con el chico de la inmobiliaria esperándola en el rellano y jugueteando con las llaves de un modo que me habría irritado de no hallarme todavía vibrando con la música, Solange acarició con el dorso de la mano, muy levemente y a lo largo de algo menos de un metro, una pared del salón. Qué ofuscada, qué maltrecha debía de haberme dejado el dolor de perderla, para haber tardado tanto en recordar un detalle tan concluyente. Si me había acariciado, con algo que me pareció nostalgia anticipada, ¿no sería que no había venido a probar mi acústica sino a despedirse de mí? A decirme «Eres hermosa, eres perfecta, me habría encantado vivir aquí, pero no nos han concedido el préstamo y no podemos comprarte». O quizá a su marido le habían ofrecido un buen puesto de trabajo en el extranjero y allá se iban los tres. Por algún motivo los imaginé en las antípodas, colgados boca abajo, a años luz de mí. También me pregunté —o más bien esa pregunta me tomó por asalto— si la pieza musical que había tocado no habría sido escrita por ella misma para mí. Será vanidad o soberbia pero, una vez entrevista, esa posibilidad alivió mi dolor. De ser cierta, mi pasión por Solange era correspondida. No había sido rechazada. No era indigna de ella. Solange también sufría, aunque no me cabe la menor duda de que debió de hallar consuelo mucho antes que yo.

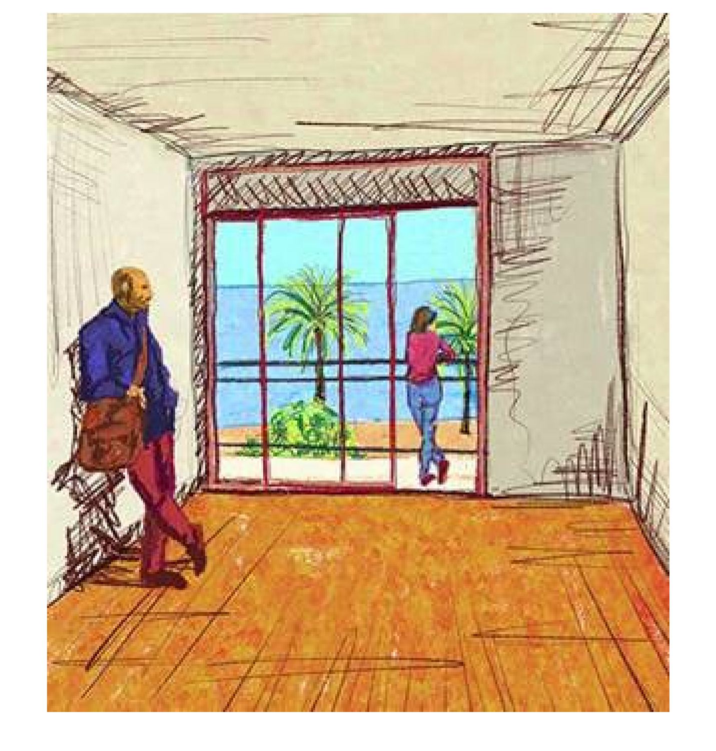
Llevaba unos tres años a la venta cuando eso sucedió. Tras la decepción me apliqué a cultivar un escudo protector forjado en escepticismo. Me volví cínica y dura, pétrea a más no poder. Asistía a las visitas con la mayor displicencia y las compuertas emocionales herméticamente cerradas. Si no había de habitarme una diosa, prefería ser para siempre un piso deshabitado y envuelto en telarañas. El polvo acumulado por todas las superficies, el tufo a cerrado y la oscuridad permanente convenían admirablemente a mi melancolía. Confieso que había cierta voluptuosidad en regodearme en el dolor. Creo que fui incluso responsable de la ruptura de una pareja. «Hay malas vibraciones aquí», le dijo él a ella entre susurros en un momento en

que el chico de la inmobiliaria hablaba por teléfono y no podía oírlos. «La de chorradas que puedes llegar a decir a falta de argumentos —contraatacó ella—. Es un piso perfecto, una puta maravilla, ¿me oyes? No encontraremos nada mejor ni aunque veamos tres mil». «Pues a mí me da mal rollo —insistió él—, ¿qué quieres que le haga?». «Tú sí que empiezas a darme mal rollo a mí. Fumas demasiada mierda y te dan paranoias. Igual no es buena idea que nos compremos un piso». No sé qué sucedió luego porque el chico de la inmobiliaria interrumpió la disputa y el hipersensible detector de malas vibraciones y la novia furiosa se hundieron en un silencio enfurruñado y hostil. Confieso que sentí un impío regocijo rayano en la euforia. Puede que no fuera lo bastante buena para atraer a la compradora de mi elección pero tenía el poder de ahuyentar a los demás.

Con el tiempo, fatalmente, el dolor fue cediendo. Llegó un día en que descubrí horrorizada que mi recuerdo de Solange se desvanecía y que, por más que siguiera fingiendo indiferencia para cubrir el expediente, las visitas de posibles compradores volvían a ilusionarme. Por aquel entonces ocurrió algo que sería deshonesto dejar de mencionar. Alguien compró un piso en el edificio. Raro era el día en que no resonaban pasos o retumbaban martillazos o ruidos de taladros a medida que ese piso se iba vistiendo con lámparas y estanterías, camas y cabezales, espejos y mamparas. Mi soledad perdió su aura romántica y empecé a sentirme devorada por los celos. Me pasaba el día alerta y en tensión, presa de la envidia, y cada ruido se me clavaba como si fuera una espina. Hasta ese momento había sobrellevado mi vacuidad con bastante estoicismo, pero imaginar a otra, hasta entonces mi igual, decorada con alfombras y cuadros, butacas y mesas, veladores y sofás y plantas de interior me resultó desquiciante. Tenía ataques agudos de nostalgia por todos los enseres que convierten un espacio vacío en un lugar habitable, sobre todo de las plantas, que tanta compañía podían haberme hecho, y cada visita que recibía me llenaba de ansiedad. Dominada por el despecho, procuraba mantenerme impasible ante las exclamaciones de júbilo de mis pretendientes y aunque no podía evitar que algunos me encantaran y otros me repatearan, me engañaba pensando que me daba igual que me compraran o no. En esas estaba, y dentro de mí habían exclamado en castellano y en catalán, en ruso y en portugués, en polaco y en chino, en alemán y en inglés, pero nunca más en francés, cuando una tarde soleada de final de verano, siete años después de que me construyeran, aparecieron ellos. Él, alto, sólido, ancho de hombros, lento y reflexivo, el tipo de persona que piensa antes de actuar. Ella, menuda y dueña de una energía inquieta, veloz como un roedor, el tipo de persona que actúa antes de pensar. Cuando dije que no los recordaba era solo una pose. Más que gustarme como individuos —

ella pisaba mis suelos un poco demasiado fuerte y, además, por aquel entonces yo aún me prohibía el menor atisbo de sentimentalidad—, me pareció que se conjugaban muy bien los dos, por un contraste tan extremo que llamaba la atención. Las parejas observadas a lo largo de siete años —la observación psicológica no dejaba de ser mi único entretenimiento— pertenecían a dos tipos: aquellas en las que ambos eran parecidos y de los que siempre sospeché que habían buscado a un igual movidos por la autosatisfacción, y aquellas ante las que era difícil no preguntarse cómo diablos dos personas tan distintas podían estar juntas. Supongo que la primera tipología busca en el otro sus propias virtudes. La segunda, en cambio, debe de preferir no hallar en el otro ninguno de sus defectos. Sea como fuere, ella, de quien al principio pensé que podía ser actriz, prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo, quizá algo excesivas para mi gusto, pero debo confesar que me cautivó su lenguaje. No decía: «Qué bonita casa o qué maravilla (que era la palabra que con mayor frecuencia pronunciaban mis pretendientes) o qué preciosidad de vistas», como lo hacía la mayor parte, y tampoco se encalló en el nivel onomatopéyico, sino que enseguida diagnosticó: «Es magnífica», un adjetivo que, por extraño que parezca, nadie me había aplicado aún y que, a pesar de mis esfuerzos por hacerme la indiferente, produjo un agradable cosquilleo en mi maltrecha vanidad. El efecto del «magnífica» aún no se había disipado y yo estaba achispada, burbujeante de placer, cuando me aplicó toda una andanada de adjetivos de la que solo retuve «epustuflante», que no había oído jamás, pero que me sentó como si acabaran de ponerme una condecoración. «Mira qué espléndida luz entra por los ventanales», añadió mientras él, de química menos rápida, me escudriñaba en silencio. «La orientación es infinitamente mejor que la del quinto tercera», prosiguió ella imparable, sin sospechar el ataque de felicidad que esas palabras provocaron en mí. No es que yo sea muy competitiva; solo lo justo, pero encaramarme por encima de un piso más alto, más grande y más caro, me sentó la mar de bien. «Vivir aquí será formidable…». Aquel nuevo adjetivo me impidió prestar atención a lo que vino después. Formidable, magnífica, epustuflante, me repetía, casi mareada de euforia. «El precio desborda nuestras posibilidades», fueron las palabras con que él me hizo bajar de la nube a la que me había subido. Había hablado con cautela, de modo que no supe si estaba siendo sincero, y su sentido de la realidad intentaba ejercer de contrapeso al optimismo de ella, o si era un subterfugio para conseguir que los de la inmobiliaria les rebajaran el precio. Desde luego, me convenía creer que era solo una treta y que podían pagar lo que les pedían por mí. «El otro está descartado, por caro y por la orientación, en eso estoy de acuerdo», siguió diciendo él. «Venderemos

el nuestro», lo interrumpió ella. «Pero tardaremos meses y nos quitarán este», volvió a objetar él. A esas alturas, ya no me cabía la menor duda de que siempre era él quien echaba el ancla en tierra y ella quien lo hacía volar hacia la insensatez. «Lo venderemos deprisa; ya me pongo en campaña. Tengo tiempo, puedo hacerlo: aún no ha empezado el curso, verás cómo lo consigo». Ella dijo esas palabras de tal forma, con un tono tan imperioso, casi sin respirar, los ojos centelleantes y una determinación tan firme, que me convenció. Él la miró intensamente; incluso una casa más tonta que yo se habría dado cuenta de que deseaba creerla. Pero adiviné que era uno de esos seres en los que el escepticismo siempre acaba triunfando. Por economía del dolor tal vez, como me sucedía a mí. Ella, en cambio, parecía haber crecido una talla o dos, hasta alcanzar el rango de heroína inmobiliaria, desde que había comprendido la urgencia de vender su piso. Tuve incluso la impresión de que, lejos de arredrarla, la idea de salir vencedora en una empresa difícil le resultaba excitante. Le brillaban los ojos como jamás había visto que le brillasen a nadie. Parecía feliz. Y no era solo lo mucho que yo le había gustado. Acababa de encomendarse una misión y su voluntad no cejaría hasta que la cumpliera. Quería demostrarse —y demostrar— que podía derribar el obstáculo que tenía delante, tal vez porque vivía en la duda permanente con respecto a sí misma. Me di cuenta de que yo confiaba en su capacidad con la mitad de mi corazón; la otra aún libraba una guerra a muerte contra la esperanza.



Cinco días después los Formidables, como yo los había bautizado después de mucho vacilar entre ese apodo y el de los Magníficos o el de los Epustuflantes, se presentaron de nuevo. Era, sin la menor duda, una buena señal, aunque no fuera esa la primera ocasión ni mucho menos en que unos mismos pretendientes regresaban varias veces antes de esfumarse para siempre jamás. Recuerdo que ese día rugía la tormenta: olas de dos metros encabritaban el mar y cubrían de salitre todos mis cristales. Por suerte, no apestaba a cloaca, como a veces sucede cuando hay tempestades. Los dos se quedaron inmóviles y mudos, cogidos durante un buen rato de la barandilla, contemplando las olas en la terraza azotada por un levante feroz. «Esto es impresionante», dijo él. «Casi sobrecogedor», susurró ella tan flojito, o bien el bramido del mar era tan fuerte, que a punto estuve de que se me escapara el elogio. Me sentía tan ávida que habría sido una pena. Además, las alabanzas de aquellos dos me gustaban particularmente. Tenían un don para la adjetivación. «Quien mira el mar lo ve por vez primera, siempre», añadió ella al poco. «¿De quién es?», preguntó él. «Borges», fue la escueta respuesta». «¿Y el de Baudelaire? Ese que te gusta tanto», intervino él. Entonces sucedió algo estremecedor: ella se puso a decir frases que sin duda eran versos en francés, con el mismo acento con que hablaba Solange. Me faltan palabras para dar una idea, aun pálida y borrosa, del tumulto que me agitó. El mar a mi lado era una balsa de aceite. Por segunda vez en mi vida el afecto me

traicionaba. Me puse a desear que aquellos dos me compraran con una fuerza monstruosa. De haber podido hacerlo los habría succionado, secuestrado, encerrado dentro de mí sin posibilidad de huir. Los habría tapiado para que jamás pudieran volver a salir al mundo exterior. Eran mi perla y yo, una ostra feroz. Sin embargo, enseguida me di cuenta del peligro que mi propio afecto entrañaba. Por nada del mundo quería hundirme en una nueva decepción. Así que me cerré. Cerré herméticamente las compuertas y ahogué en hielo mi afecto. En lugar de dejarme en paz, regresaron varios días, persistentes como moscas, sin dejarse impresionar por la mayúscula displicencia con que los acogía y trataba de escupirlos como a un hueso de aceituna; ella trajo un día a un hermano ingeniero o arquitecto o promotor inmobiliario, por mí podía dedicarse a remendar zapatos o a pescar atunes. Me hacía la sorda; no quería escucharlos. Mi antídoto contra la esperanza consistía en rememorar fragmentos de la pieza musical con que se despidió Solange. Eso me protegía contra cualquier tentación de volver a soñar.

Hasta que un buen día, casi acabado septiembre, los Formidables entraron con sus propias llaves. A ella le costó un poco acertar en la cerradura porque, según he visto después, es de una torpeza rayana en lo inverosímil. Ya no los acompañaban los de la inmobiliaria. El encargado de obras de todo el edificio y un operario eran su cortejo. Sacaron metros, tomaron medidas, marcaron mis paredes, señalaban aquí, señalaban allá. Yo asistí incrédula al despliegue de actividad. Tras tanto haberme resistido, me costaba bastante digerir la evidencia: los Formidables acababan de convertirse en mis propietarios. No me había equivocado al confiar en que ella vendería su piso lo bastante rápido para que ningún otro comprador se les adelantara. O tal vez fue él, y no ella, aunque eso no era importante. Lo esencial era que allí estaban. Durante un par de semanas de estrépito y frenesí, operarios diversos me sometieron a una metamorfosis. Cada día traía cambios. Me agujerearon, me perforaron, pusieron nuevos enchufes, movieron radiadores, colgaron lámparas del techo, instalaron mamparas y armarios en los cuartos de baño, toldos en las terrazas, y volvieron a pintar lienzos de pared. Apenas si tenía un minuto para pensar si me gustaban o no esas transformaciones. De algún modo sentía que no afectaban a mi esencia. Seguía siendo yo misma. Luego se presentaron los suministradores de la luz, el agua y el gas. Habría rugido de dicha cuando por primera vez el agua empezó a correr por mis tuberías y cuando el gas insufló calor a todos los radiadores. Aunque era agotador y a veces me mareaba de tantas cosas que sucedían dentro de mí al mismo tiempo, me encantaba el ajetreo. Los Formidables especulaban, calibraban posibilidades, sopesaban pros y contras y tomaban decisiones: «Aquí pondremos mi estudio; aquí pondremos el

tuyo». Ya entonces me di cuenta de que les gustaba hablar. De ahí que adjetivaran bien. Debían de llevar muchos años explorando a fondo las posibilidades del lenguaje desde una praxis constante. Ni siquiera ahora que han vivido tiempo aquí acertaría a decir cuál de los dos habla más. Ambos vivían convencidos de que era el otro quien con más ahínco perturbaba el silencio, pero yo no me atrevería a señalar a ninguno. Se pasaban la vida hablando. En el salón, sentados en el sofá, a la mesa o en cualquiera de las terrazas, por la noche o a mediodía, admirando el crepúsculo o viendo salir la luna. Él era más proclive a la especulación teórica y contaba con tal cantidad de intereses y una erudición tan portentosa que yo estaba pasmada. Ella era más dada a la anécdota concreta, al análisis psicológico de sus semejantes y a soltar enseguida sus impresiones del día, como si las atesorase con el objetivo secreto de contárselas a él. Admito que al principio me costaba seguirlos en algunos de sus vuelos, en parte porque la conversación no avanzaba en línea recta, sino a saltos y trazando curvas en las que a veces me daba la impresión de que disfrutaban derrapando. Irónicos y burlones, establecían analogías insólitas y enlazaban un tema con otro de un modo desconcertante. Me perdía sobre todo cuando jugaban con las palabras, algo a lo que eran muy dados, pero poco a poco me iba cultivando. Aunque hablaban castellano, a veces ella salpicaba su charla de palabras en francés. Yo vivía a la espera de esos momentos, que me llevaban al éxtasis.

Ya he dicho que los dos vivían convencidos de que el más locuaz era el otro. Pronto tendría ocasión de ver que sus mayores peloteras se producían cuando uno de los dos osaba interrumpir. «No me escuchas» o «Te importa un bledo lo que digo» eran reproches comunes entre los Formidables. A veces llegaban a ponerse como fieras corrupias. Como si en vez de una simple interrupción hubieran cometido un delito imperdonable. Más adelante, un amigo les regaló una aplicación para el móvil, que él mismo había diseñado, con la que se podía saber con absoluta exactitud, cuánto había hablado cada cual en un periodo de tiempo. «Del mismo modo que en un partido de fútbol puede determinarse la posesión del balón», explicó el artífice, «con esto extraemos los porcentajes de participación de cada uno de los hablantes». Esa noche jugaron con la aplicación, aunque a decir verdad eran muchos los presentes y ya no recuerdo quién ganó. Los Formidables la utilizaron una vez más, por el placer de la novedad, y se olvidaron de ella para siempre jamás. Preferían discutir sobre quién avasallaba al otro con su imperialismo verbal. Aun a riesgo de pasar por malvada, confieso que esas trifulcas absurdas me divertían mucho. No es que la armonía me aburra, pero un poco de hostilidad puede ser palpitante. Claro que luego se extralimitaron con la dosis, pero de eso aún no me apetece hablar.



Fui feliz el día en que, acabadas las obras, el camión de la mudanza depositó, con la ayuda de un elevador y una cuadrilla de mozos, los enseres que en lo sucesivo poblarían mi espacio. Por fin me llené de muebles e infinidad de cajas de cartón se apilaron por doquier. El caos no me importaba. ¿Cómo no iba a gustarme un poco de efervescencia después de siete años de tedio y depresión? Una espectacular luna llena surgió del mar la primera noche que se quedaron aquí, primero de un color naranja rojizo y cada vez más pálida según iba ascendiendo. Por una vez los dos estuvieron callados durante más de un minuto. Era un silencio reverencial que sin la menor duda se habría prolongado más de no ser porque un coche que vomitaba a todo volumen una música espantosa estacionó justo debajo de la terraza delantera. Cuando cinco jovencitos salieron del vehículo entre risas atronadoras, a los Formidables se les cayó el alma a los pies. Él hizo un admirable y vano esfuerzo por sobreponerse; ella, siempre más explosiva, empezó a despotricar. Los rusos dejaron las cuatro puertas abiertas y sacaron botellas de las que bebían a morro entre estallidos de risas. Pertenecían a esa categoría de personas capaces de destruir con su sola presencia la poesía del lugar más idílico del mundo. Puede que individualmente no se comportaran así; puede que fueran dulces y tímidos, respetuosos y educados tomados por separado, pero juntos eran un azote, una plaga, una peste

bubónica, una infección mortífera. Llevarían media hora convirtiendo el lugar en zona catastrófica cuando la Formidable, desoyendo las reiteradas llamadas a la calma de su Formidable, que era un ser de una paciencia y una resistencia frente a la adversidad fuera de lo común, se levantó a llamar a la Guardia Urbana. Debieron de atenderla con amabilidad, porque cuando colgó el teléfono estaba algo más tranquila. Pero enseguida los rusos, envalentonados por sus libaciones, subieron el volumen de la música machacona y elevaron las voces. La Guardia Urbana tardó media hora larga en llegar. Parlamentaron con los rusos y estos bajaron la música, qué remedio, pero no se marcharon, como los Formidables y yo habríamos deseado. Huelga decir que, en cuanto la urbana desapareció, la pandilla volvió a subir el volumen, a reír y a vociferar. Los Formidables se arrugaron de forma ostensible y yo estaba desolada. Habría dado lo que fuera para retroceder en el tiempo y borrar a la manada. Querría haberles ofrecido a mis propietarios una primera noche formidable y epustuflante y en lugar de eso ponía un infierno a sus pies. También hubiera querido decirles que noches así no eran ni mucho menos frecuentes, que aquel lugar era casi siempre apacible, aunque es cierto que esa misma tranquilidad atraía a pandillas y a gente ávida de intercambios sexuales. Parecían tan decepcionados los dos, cada uno a su manera, ella más vituperante; él, más melancólico y lánguido, que por un instante el pánico se apoderó de mí. ¿Y si decidían ponerme en alquiler y seguir buscando otro lugar donde vivir? Es cierto que una sola noche arruinada constituía un débil motivo para una decisión tan drástica, pero las primeras veces siempre poseen una resonancia especial. La primera noche en una casa, el primer viaje, la primera cópula… Hay algo de rito, propiciatorio o funesto, en la primera vez, y aun los humanos más cartesianos y racionales distan mucho de mostrarse insensibles a la superstición. ¿Que cómo sé yo eso? Siete años de visitas dan para aprender muchas cosas. Un profesor de matemáticas al borde de la jubilación, que aseguró buscar un lugar como este para vivir el resto de sus días, no quiso comprarme porque, según le dijo en un aparte a su mujer, un pájaro negro había atravesado de izquierda a derecha la ventana en cuanto él puso un pie en el salón y a él le había parecido una mala señal. Con cierta ironía, la mujer le preguntó qué habría opinado si el pájaro negro hubiera atravesado la ventana de derecha a izquierda y, sin inmutarse lo más mínimo, el tipo le contestó que en ese caso no habría visto en ello un augurio funesto. La mujer soltó una risita pero yo me quedé anonadada. Si un matemático se comportaba así, ¿qué no iba a ser capaz de hacer el resto de la humanidad? La Formidable, además, parecía proclive a seguir sus impulsos y él a dejarse arrastrar por complacencia y pereza. Pensé que ella volvería a llamar a la Guardia

Urbana, pero no lo hizo. Se rindió. Agotada y triste, se retiró a dormir previa ingestión de una pastilla. La rendición de alguien tan persistente como ella me dejó mal sabor. Un sabor a noche truncada y derrota. Él se quedó un rato más, sentado en la terraza, con los rusos en acción. Comprendí que era un hombre con una capacidad de aguante sobrenatural. La vida premió su paciencia porque los rusos se fueron a los veinte minutos y él aún se quedó largo rato en estado contemplativo. Alivió un poco mi rabia ver que al menos él disfrutaba de su primera noche aquí.

A pesar del infortunado arranque, la Formidable tuvo un ataque de felicidad al poco de abrir los ojos a la mañana siguiente. Se despejó deprisa y después de adecentarse, desayunó en la terraza. Puedo asegurar que estaba embelesada, aturdida de placer. Su memoria debía de haber eliminado sin rastro de resaca a los escandalosos rusos. Se le escapó incluso la risa y se atragantó con su tostada de aceite. Qué poco podía yo imaginar al verla comerse con los ojos el paisaje que se extiende frente a mí, con un mar que aquel soleado domingo de octubre lucía casi desaforadamente azul, un cielo deslumbrante y las palmeras apenas estremecidas por un suspiro de brisa, que las cosas se torcerían como acabaron por torcerse.

II

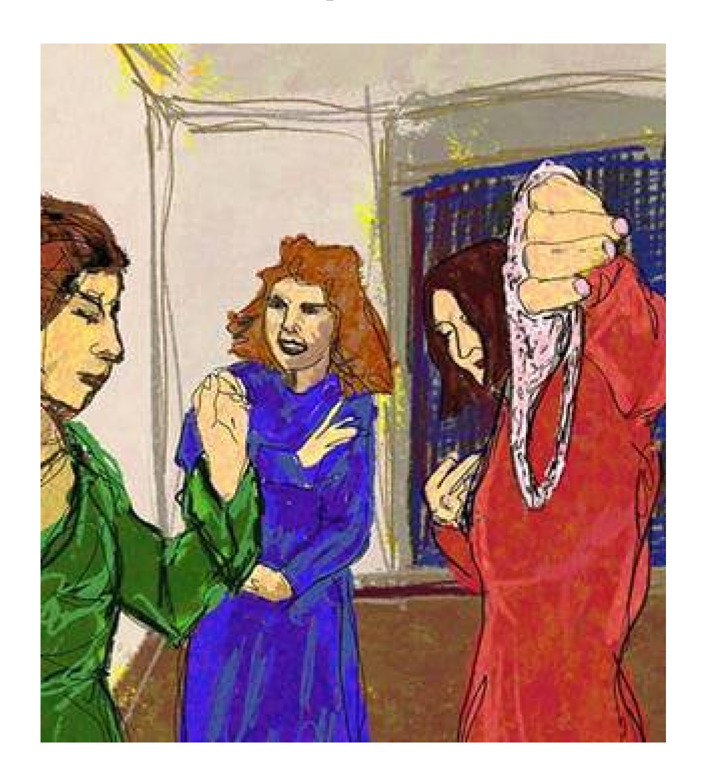
FIESTAS



En los primeros tiempos todo fue formidable. El otoño proporcionaba majestuosos crepúsculos y amaneceres de postal que arrancaban exclamaciones constantes y una adjetivación suntuosa a mis propietarios, que además eran muy sensibles al síndrome de la primera vez. La primera cena en la terraza, el primer revolcón, el primer arco iris, la primera estrella fugaz, la primera fiesta, la primera flor que se abría… Yo estaba encantada. Por fin tenía la oportunidad de profundizar en el conocimiento de dos seres humanos después de haber catado superficialmente a un extenso catálogo. Pero los Formidables no eran ni mucho menos los únicos que se sometían a mi capacidad de observación. Les chiflaban las fiestas. Menudas fiestas

hicieron con la excusa de celebrar la mudanza y exhibirme como una joya ante todos sus amigos, que por cierto eran muchos y de lo más variopinto. Para la edad que tenían —ella cumplió aquí los cincuenta y él es dos años mayor— conservaban una sorprendente capacidad de desmadre juvenil. Quizá porque, al no tener hijos, aún no habían roto del todo el cordón umbilical con esa parte salvaje y desaforada de la juventud. Menos mal que los propietarios de los pocos pisos vendidos en el edificio no residían aquí; algunos los habían comprado como inversión, otros vivían en el extranjero y lo tenían como residencia para las vacaciones. Porque armaban un buen follón, hablando cada vez más fuerte y, según la noche, bailando como posesos hasta la madrugada. Incluso yo me volví un poco golfa. Después de tantos años de vida monacal, me gustaba llenarme de gente y de hilaridad, de voces y de humo. Me volvía cotilla pero tenía la coartada de que espiando conversaciones me iba cultivando y los raros fines de semana en que no había bullicio porque mis propietarios se iban, lo echaba mucho de menos. Recordaba la primera noche, con la pandilla de rusos atronando abajo, y me preguntaba si aquello no habría sido una premonición, una señal enviada por el destino del ajetreo que me esperaba. Eso sí, la música que los Formidables escuchaban era mucho mejor. Sus amigos eran cultos, graciosos y extravagantes, bohemios e intelectuales, de izquierdas la mayor parte, de nacionalidades diversas y muy variados en su orientación sexual. Gente ingeniosa, con historias interesantes que contar y ganas de divertirse. Incluso los más convencionales en apariencia estaban como una cabra. Una poeta alemana que al llegar me pareció tímida e incluso algo estirada, daba volteretas por el suelo riendo sin parar unas cuantas copas después. En una ocasión, un tipo larguirucho que derramó una copa se pasó el resto de la noche, después de limpiar el desastre, bailando con el mocho, al que llamaba mi bruja bienamada y besaba con paródico ardor para ruidoso recochineo del resto de los presentes. En otra fiesta una artista británica, fea como un pecado, se empeñaba en vender sus bragas, de las que previamente se había despojado y que enarbolaba cual bandera, con el argumento de que estaba segura de que allí habría tipos que se excitaban oliendo ropa interior usada y ella se enfrentaba a un final de mes catastrófico que la venta de las bragas podía enderezar. Nadie se las compró pero desaparecieron misteriosamente para consternación de su propietaria, que pasó el resto de la noche registrando la casa e increpando a todo el mundo con un acento inglés que iba en aumento conforme se emborrachaba. Yo sé que las bragas acabaron en el bolso de una de las invitadas más formales y serias que han desfilado por aquí, probablemente la única que nunca bebió otra cosa que no fueran refrescos ni tomó, que yo sepa, ningún otro estimulante. Empinaban el codo de lo lindo y los

que no empinaban el codo, fumaban marihuana para no tener la sensación, que sin duda habría sido trágica dadas las circunstancias, de estar fuera de lugar. Beodos o emporrados, se iban contagiando la risa como si fuera un virus. Algunas carcajadas daban la sensación de ir a prolongarse por toda la eternidad; cesaban unos instantes, como para que no se produjeran muertes por asfixia, y alguien soltaba una burrada que volvía a desatar la hilaridad general. En suma: me convertí en el piso más juerguista en millas a la redonda. Ni los gitanos que vivían en el bloque gemelo superaban aquello por más que se dieran al cante jondo hasta horas indecentes. Ellos serían todo un clásico del jolgorio, pero a nosotros nadie podía negarnos que éramos más alocados, gamberros y vanguardistas y, encima, teníamos coartada intelectual, pues las conversaciones eran de altísima calidad hasta que el exceso de alcohol imponía el delirio.



También daban cenas algo más sosegadas los Formidables y las viandas más exquisitas desfilaron por mis mesas decorosamente cubiertas por bonitos manteles, loza fina y copas de postín, muchas de las cuales acababan rotas en el fragor de la fiesta. Me sentía tan pletórica cuando los invitados elogiaban los platos como si hubiera sido yo personalmente quien los hubiera cocinado. De hecho, me encantaba asistir al proceso de preparación; respiraba feliz los efluvios de la cebolla pochándose en la sartén con una hoja de laurel y unos

granos de pimienta o los de una pintada dorándose en el horno hasta que le crujía la piel. Apreciaban la buena comida aquellos dos y se esmeraban mucho en ofrecer cosas apetitosas y originales a sus invitados. Sin embargo, había algo que iba mucho más allá de lo meramente social. Es cierto que divertirse era importante para los Formidables, pero cultivaban la amistad de un modo nada convencional. Sus amigos los adoraban y ellos los premiaban con su absoluta devoción: eran dos corrientes de afecto que se retroalimentaban. En alguna de sus largas sobremesas los oí hablar de sus amigos como de la familia elegida, una familia creada por afinidades en vez de lazos de sangre. Se tomaban a pecho los problemas de cualquier miembro del clan, sufrían con las rencillas que estallaban a veces y vivían los divorcios como una mutilación. Una pareja con cierta antigüedad empezó a romper en una sobremesa y la Formidable anduvo alicaída, sin levantar cabeza, unas cuantas semanas. Se atormentaba preguntándose si no podría haber hecho algo para enfriar la pelea y arreglar el entuerto. Él sabía mantenerse un poco más al margen. No digo que no sufriera pero concedía a las cosas su justa importancia. Ella era más hiperbólica y más dada a oscilar de un extremo a otro, presa de estados de ánimo que abarcaban un amplio espectro: o bien se hundía en el abismo insondable del existencialismo (y alimentaba su abatimiento leyendo en voz alta —casi rugiendo a veces— poemas que lo único que conseguían era ensombrecerla aún más y que me fascinaban a mí cuando eran en francés) o bien irradiaba entusiasmo por la vida.

Más o menos en todo eran la antítesis los dos. Su conducta con respecto a las botellas vacías con que me llenaba tras las cenas y las fiestas y que se acumulaban fuera, en el lavadero, es solo un pequeño ejemplo de lo distintos que eran. Las llamaban los cadáveres y a él no le molestaban. Mejor dicho: se comportaba como si ni siquiera las viera. Estaba por encima de esas nimiedades. A ella, en cambio, se le demudaba el ánimo en cuanto tropezaba con ellas a la mañana siguiente. Adivinabas que algo en su interior acababa de desmoronarse y que era incapaz de seguir viviendo un instante más con los cadáveres allí. Se comportaba como si fueran la evidencia de un crimen. Pero antes de deshacerse de ellas, las contaba con una complacencia rayana en la morbosidad. No una sola vez, sino varias, para estar segura de no haberse descontado. Necesitaba saber con exactitud lo bebido. Luego las metía a toda velocidad en bolsas de supermercado y desaparecía con ellas escaleras abajo, de expedición hacia el contenedor de vidrio, desde donde minutos después me llegaba el estallido de las botellas al reventar contra el fondo. Ella nunca dejaba de comentarle a él a lo largo de la jornada el número de botellas que habían consumido, aunque él no alentaba el recuento ni

parecía especialmente interesado en saber lo bebido. En absoluto impresionada por la falta de curiosidad de él, la Formidable dividía en voz alta y con mórbido entusiasmo el total de botellas por el número de invitados para conocer la cantidad de unidades bebidas por cabeza. Era una campeona contando. Restaba y multiplicaba más rápido que una máquina. Y eso que era de letras. No actriz, como yo me había figurado, sino escritora. Pero le apasionaba contar. Creo que se relajaba. Contaba cada mañana las flores que se abrían en las macetas y los brotes que despuntaban; contaba las macetas que iban poblando las terrazas, contaba sus vestidos y sus jerséis, conocía el número exacto de boinas y sombreros que tenía y repasaba a conciencia las cuentas en el restaurante para regocijo de él, que se lo recordaba a menudo.

Debían de llevar dos o tres meses de hedonismo desenfrenado y apocalípticas resacas cuando se presentó a almorzar la madre de ella, una anciana de aspecto frágil pero con una fortaleza psíquica como para doblar cucharas. Se querían muchísimo la madre y la hija, pero era uno de esos amores tempestuosos que arrastran pesados lastres. Dominaban el arte de darse en las narices. La madre le dijo al Formidable, con quien encontraba un placer perverso en tejer alianzas a pesar de lo mucho que eso chinchaba a la Formidable —o precisamente por ello—, que aquella hija había sido siempre la más inquieta. «Cuando la llevaba en mis entrañas ya me bailaba muñeiras todo el santo día, un auténtico incordio. Nadie podrá acusarla de no ser coherente. Lo único que la mantenía un rato quieta era la lectura; le recitaba poesías y dejaba de darme patadas en la barriga». Pero lo que curiosamente marcó un punto de inflexión en nuestra vida no fue un comentario peyorativo de la madre, sino uno laudatorio. De repente, sin que viniera a cuento, en un momento hueco de la conversación, la madre miró en derredor suyo entre maravillada y pasmada.

—Qué ordenada y limpia tienes la casa, hija —dijo tras un largo silencio—. Parece que al final eres toda una amita de casa. Será que después de todo no te he educado tan mal.

A la hija el elogio la repateó, quizá porque, más que elogiarla a ella, exhalaba un potente tufo a autobombo materno. En cualquier caso, algo cambió en su actitud. Nadie pareció darse cuenta, pero yo sí. Yo ahí sí estuve atenta, con toda mi capacidad de observación a pleno rendimiento. La Formidable miró a su alrededor y empuñó, más que cogió, el cenicero donde apagaba él sus colillas. Lo empuñó como un arma y durante unos instantes dio la impresión de estar a punto de estamparlo contra la cristalera tras la que el mar centelleaba. Le habían venido ganas de romper, de destrozar el orden que complacía a su madre y en ese gesto le intuí todo un pasado violento. Pero en

lugar de ceder al impulso destructivo, se levantó y, veloz como una exhalación, se llevó el cenicero a la cocina, tiró las colillas a la basura, lo limpió obsesivamente, con cierta rabia que nadie más presenció y, muy crispada todavía, regresó al salón, donde los otros dos departían tan a sus anchas sobre no recuerdo ya qué otro asunto trivial mientras bebían vermut y comían patatas fritas. Puede incluso que estuvieran riendo alguna gracia, aunque no podría jurarlo. Por fortuna la madre, absorta en la conversación, tuvo el buen tino de no alabar a su hija por haberse precipitado a lavar y a vaciar el cenicero de marras, porque me temo que algo así habría desencadenado un enfrentamiento o un destrozo en mis dominios o las dos cosas a la vez. La conversación transcurrió un buen rato sin la Formidable, que estaba ausente, hundida en sus maremotos, pero ninguno de los otros dos pareció percatarse o hicieron como si nada. Es curioso cómo a veces, mientras se abre una grieta en el alma de alguien, el mundo de alrededor se mantiene ciego y sordo y el curso de las cosas prosigue inalterable. Máxime cuando quienes no advierten el seísmo son personas inteligentes y sensibles, capaces de empatía en otras circunstancias.

No siempre puede saberse en qué momento exacto empezó algo a torcerse, pero yo sé, con una certeza del noventa y nueve por ciento y un margen de error irrisorio, que nada volvió a ser igual tras la visita de la madre. Ese fue el principio del fin aunque en apariencia todo seguía su curso. Me disculpo si en la anterior afirmación he podido sonar dogmática. Dogmática, arrogante y un poco sabelotodo. Es cierto que a veces me ataca la duda y pienso que bien pudo tratarse de una casualidad, que a lo mejor no había relación entre la visita, con el elogio envenenado de la madre, y el hecho de que la Formidable empezara a perder pie muy poco tiempo después. Pero la verdad es que como casualidad resulta muy sospechosa. Además, cuando la madre se marchó y los dos salieron a la terraza a tomarse una copa, al Formidable le faltó tiempo para remedar a la madre.

—Parece que al final eres toda una amita de casa. —Rebosaba malicia por los cuatro costados.

Se rio y ella lo secundó con una especie de graznido que pretendía ser risa pero a mí me sonó al quejido que proferiría un gorrión que acabara de pegarse un batacazo contra una ventana cerrada. Me pareció que seguía dolida, tocada y en cierto modo hundida. Aunque quizá proyecto lo que ahora sé y aquel día todo fue más inocente y ligero, como lo había sido hasta entonces. Ellos dos, en cualquier caso, siguieron conmoviéndome con aquella proclividad suya a vestirse conjuntados. Eran casi polos opuestos pero si uno se vestía de un color, el otro aparecía vestido, o bien del mismo color, o bien de alguno que armonizaba con él. No creo que fuera una operación

consciente, sino una extraña señal de recóndita armonía, una vibración íntima que los comunicaba de un modo que la razón no es capaz de explicar. Como si para compensar lo muy distintos que eran su inconsciente los impulsara a mimetizarse en eso y a celebrar su unión vistiendo los dos de azul, o de verde, o de rojo y de naranja respectivamente o de violeta y de rosa. No digo que ocurriera de forma sistemática pero sí con la suficiente frecuencia para llamar la atención.

Los dos vestían de azul —ella, azul eléctrico; él, azul marino— en la cena que ofrecieron tras el meteórico paso de la progenitora. No sé si los invitados, que eran unos seis o siete, a cual más agudo y observador, se percataron de esa armonía cromática. Sí estoy en condiciones de afirmar, en cambio, que se divirtieron. El vino corrió, las copas se vaciaron y se volvieron a llenar sin que por una vez se produjeran bajas en la cristalería, las lenguas se soltaron, la conversación fluyó —aunque a menudo se escindía en repúblicas independientes de dos o tres comensales—, hubo anécdotas jugosas y comentarios mordaces, la hilaridad fue *in crescendo*, el estruendo también —la música apenas se oía, sepultada bajo el estrépito de tanta locuacidad—, y las viandas recibieron exaltados elogios y apenas quedaron restos del banquete. Todo iba viento en popa, en el mejor de los mundos —habrá quien diga que de un tiempo a esta parte en mi discurso reverberan citas de una u otra fuente, y tendrá razón, pero es que he oído mucho y ahora soy una casa más culta, dónde vas a parar —, hasta que advertí que la Formidable se desinteresaba súbitamente de la charla que la había absorbido hasta entonces y desviaba su atención hacia el trozo de pared que se hallaba detrás de una de las invitadas. Yo desplacé mi atención hacia ahí: una mancha de un color parecido al del vino tinto y más bien ovalada cubría parte de la pared. La crispación de la Formidable me llegó en oleadas. A las dos nos costó entender el origen de la mancha. Primero pensé que alguien debía de haber derramado vino, pero enseguida me di cuenta de que no era así. Una mancha de vino habría dejado un rastro chorreante, con gotas alrededor, y esta no era húmeda, sino seca y mate, con una forma ovalada de nube, pero bastante difusa, como si se hubiera producido por un proceso de frotación. Me quedé perpleja. También la Formidable lo estaba. Fruncía el ceño y apretaba tanto los labios que eran solo una raya. Hasta que comprendimos y esa revelación nos alcanzó a la vez. Justo al mismo tiempo, como si nos hubiera ensartado un rayo. La invitada que se sentaba delante del trozo mancillado de pared llevaba el largo cabello ensortijado, que ocultaba bajo un rojo caoba su anodino color castaño. Debía de ser un tinte reciente y de una calidad mediocre porque había manchado la pared al apoyarse en ella. De hecho, ajena al estropicio, seguía rozando la

pared y la mancha, al ensancharse, adquiría definición. Si antes era más bien un difuso nimboestrato, ahora empezaba a cobrar la densidad de un cúmulo. No era ni mucho menos el peor destrozo que había tenido lugar en el curso de las jaranas. Se habían roto copas, el vino había manchado manteles y salpicado tapicerías y alfombras, se había rajado el cristal de una mesilla baja sobre la que cayó un invitado que por suerte no se hizo daño, habían aterrizado brebajes y comida en el suelo y habían sido alegremente pisoteados hasta formar manchas grandes como continentes, se habían hecho añicos varios jarrones y algún invitado había vomitado en mitad del salón. Pero a ninguno de esos accidentes les dio importancia la Formidable. Lo de la mancha fue distinto. Ella ya no prestó atención a nada más durante el resto de la velada. Nunca la había visto así. Fingía escuchar pero estaba como hipnotizada por la expansión del desastre. Debía de ser algo más de la una de la madrugada cuando descubrimos la mancha y los invitados no se marcharon hasta las cuatro menos cuarto. Esas dos horas y media largas fueron un suplicio para la Formidable. El rayo de simultánea iluminación que nos había unido hizo que yo pudiera ver dentro de ella con total claridad. Como si fuéramos una sola. Jamás había experimentado tal sentimiento de comunión con nadie desde que Solange había tocado el violín. Durante un buen rato, una versión cada vez más angustiada de la Formidable se había debatido en un dilema: pedirle a su amiga que se separase un poco de la pared para que la mancha no siguiera creciendo o mantener la boca cerrada. Redactó para sí sucesivos borradores de gentil solicitud pero los fue descartando. Todos le parecían vagamente ofensivos, y por nada del mundo se habría arriesgado a emborronar su amistad con la culpable, una relación sólida y antigua, forjada en el curso de mil vicisitudes. Pero bajo ese factor estrictamente decoroso asomaba la patita otro menos confesable y que, en honor a la verdad, fue mucho más determinante en la decisión de callar: todas las formas posibles de rogarle a su amiga del alma que se apartara de la pared entrañaban una lesión considerable, si no un hachazo, en la imagen de despreocupado hedonismo y de anticonvencional laxitud que la Formidable había cultivado hasta entonces. Así que decidió callar. Por su reputación y su honor y su amistad por Pilar. Pero sufría horrores viendo crecer el desaguisado y ya no hizo sino desear que los invitados se largaran cuanto antes. A pesar de que trataba de disimular su desazón, estaba muda, tensa, atrapada en una espiral obsesiva y echando frecuentes ojeadas al reloj, cuyas lentísimas agujas se le clavaban en los nervios. Cuando uno de sus amigos le hizo una pregunta sobre algo relacionado con lo que se estaba hablando, ella salió como pudo del atolladero, con bastante gracia según me pareció. Tenía recursos para escabullirse de ese tipo de situación. ¿Advirtió

alguien más que yo un cambio tan brusco en una persona extrovertida y torrencial, que no debía de haber pasado callada en su vida más de cinco minutos y a quien le daba risa confesar que le encantaba dar clases porque sus alumnos jamás se atrevían a interrumpir sus parrafadas e incluso tomaban notas? Puede que sí o puede que no, aunque de algún modo intuyo que por extraño que parezca nadie excepto yo se dio cuenta de nada. Esa noche, como tantas otras, todos los aquí reunidos hablaban a borbotones y daban la sensación de ir a seguir así hasta el final de los tiempos. El Formidable, que quizá era quien tenía más posibilidades de ver que algo extraño ocurría, estaba enzarzado en una apasionada conversación con su vecino de al lado y sin duda el vino trasegado obnubilaba la razón de todos los presentes. Yo casi siempre sé lo que se dice cada noche. Me las ingenio para controlar las conversaciones incluso cuando se cruzan varias a la vez. Me divierte hacerlo y me gusta recordar tal anécdota o tal frase ocurrente, cuando los Formidables me dejan sola y me veo obligada a entretenerme. Esa noche, sin embargo, no podría decir qué aspectos absurdos y tragicómicos de la realidad o qué ignominias políticas o qué reflexiones sobre lo humano y lo divino inspiraron las conversaciones, tan pendiente estaba de mi ofuscada propietaria. No me importaba la mácula en mis paredes, pero el sufrimiento de ella calaba hondo en mí y también empecé a desear que los invitados se marcharan de una puñetera vez. En cuanto por fin lo hicieron, ella se precipitó al lavadero, abrió la alacena de los productos de limpieza y, provista de un estropajo y una bayeta, se dispuso a limpiar. El Formidable, que la pilló *in fraganti*, intentó detenerla, con el sensato argumento de que era mejor dejar la limpieza del estropicio a una profesional. Pero ella, muy firme, derribó el argumento aduciendo que la asistenta no vendría hasta el jueves. «Espera hasta mañana», insistió él, «a las cuatro no son horas y te vas a despejar». Ella hizo caso omiso y empezó a frotar hasta que un cuarto de hora más tarde, al ver que la mancha, aunque algo diluida, no hacía más que extenderse, abandonó la empresa, llorosa y derrotada, y se metió en la cama. Otra casa más vanidosa que yo habría tomado aquello como un acto de amor. Al fin y al cabo mi propietaria había intentado restañar mis heridas. Pero a mí, que no pude evitar relacionarlo con la visita de la madre y la extraña reacción de mi propietaria al elogio materno, su gesto intempestivo me llenó de inquietud. Sobre todo porque hasta que su madre no le dijo que era toda una amita de casa, ella no se había mostrado precisamente obsesionada en materia de limpieza ni demasiado diestra en las escasas ocasiones en que se entregaba a ella. La asistenta despachaba el grueso del trabajo y ellos dos se limitaban a cargar y descargar el lavavajillas, a poner lavadoras y tender la ropa, a bajar las basuras, a cuidar de las plantas y a pequeñas labores de

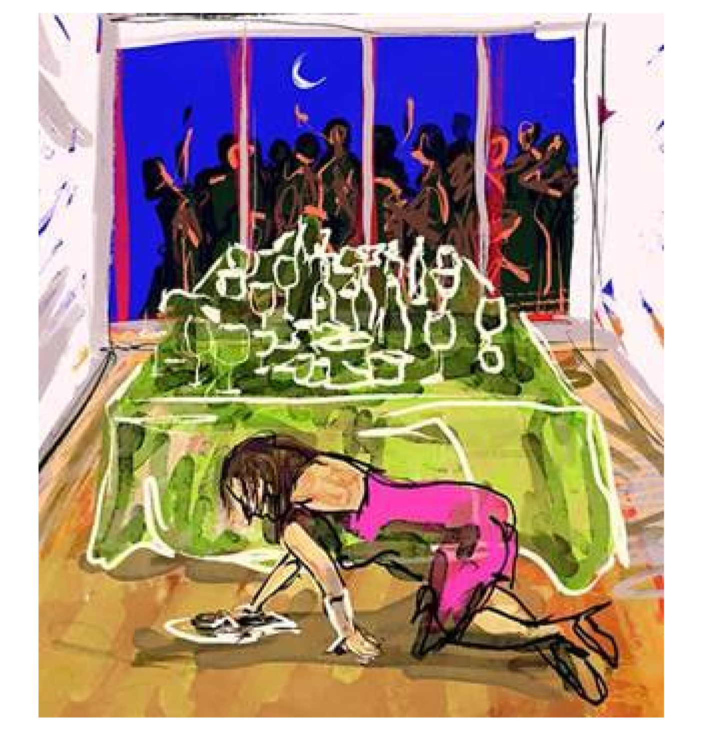
mantenimiento.



Tal y como él le había vaticinado, ella durmió mal esa noche: le costó conciliar el sueño, dio mil vueltas en la cama cuando por regla general apenas si se movía y se despertó muchas veces, sin duda agitada por las pesadillas. Yo habría dado lo que fuera por inocularle calma y ayudarla a hundirse en un sueño reparador, pero aunque una casa a menudo se las ingenia para inspirar serenidad, esa noche no hubo nada que hacer. Lo curioso es que, a la mañana siguiente, en lugar de pasearse por las terrazas aún a medio vestir para regar y observar y contar los progresos de sus amadas plantas, lo primero que hizo al levantarse fue ir a mirar el trozo de pared en estado catastrófico. Se acercó mucho, entornando los ojos, como analizando el desastre desde un punto de vista científico, y luego volvió a atacarlo con estropajo y bayeta. Restregó y rascó con ahínco durante un buen rato. Desde luego, podía ser una campeona de la perseverancia cuando se proponía algo. Pero pese a su denuedo la mancha apenas si perdió un poco de intensidad. «Soy una inútil», se lamentó. Imaginé que se rendiría pero no era su estilo. Dio unas cuantas vueltas por la sala como un león enjaulado, cogió el teléfono y, aunque era sábado, llamó a la asistenta y, sin cortarse lo más mínimo, le pidió instrucciones para acabar con la mancha. Lo hizo con determinación y empaque, como si en vez de tratarse de una trivialidad estuviera hablando de un asunto crucial para la Humanidad. «Una mancha de tinte», recalcó varias veces con autoridad de estadista. Cuando colgó tras escuchar atentamente lo que la otra le dijo, fue al lavadero, registró el armario de los productos de limpieza y regresó a la sala enarbolando triunfal un bote de kh-7 en espray. Esgrimía una sonrisa desafiante mientras rociaba la huella del crimen con el quitagrasas. Luego se apartó un poco y esperó un par de minutos, sin apartar la vista de la pared

mancillada. Movía los labios y me pareció que contaba para sí, sin duda siguiendo al pie de la letra las instrucciones de la mucama. Pasado un tiempo, volvió a restregar la pared estropeada con conmovedora aplicación y esta vez sus esfuerzos fueron eficaces y la mancha fue disipándose hasta desaparecer por completo. Mi propietaria exultaba, trepidaba de euforia, y se preparó un nutritivo desayuno para celebrar su victoria.

Yo pensé ingenuamente que aquel obsesivo brote de limpieza había sido un hecho aislado, pero solo era el comienzo de una nueva fase. Desde su lucha contra la mancha, la Formidable empezó a limpiar la casa. Mejor dicho: empezó a desarrollar una hipersensible conciencia de todos y cada uno de los pequeños incidentes que atentaban contra la inmaculada limpieza a la que en lo sucesivo aspiró. Si estaba tomando el té matutino en el sofá en lo que para ella suponía uno de los momentos más deliciosos del día y, al apartar la vista del mar que tanto la cautivaba, su mirada descubría por ejemplo un pelo suyo en el entarimado, depositaba la taza en la mesa y se levantaba veloz a recogerlo y tirarlo a la basura, incapaz de seguir bebiendo su té con un cabello por el suelo. La imperfección más insignificante la ponía fuera de sí. Si descubría rastros de polvo bajo una butaca, interrumpía cualquier actividad en la que anduviera inmersa y, armada de escobas y gamuzas, aspiradoras y mochos, atacaba la suciedad no bien la detectaba. Lo mismo sucedía con cualquier mancha que cayera en el suelo o sobre alguno de los muebles. A veces eran tan tenues que se veían desde un solo ángulo y, cuando la Formidable regresaba dispuesta a erradicarla bayeta en mano, la mancha no era visible y ella la buscaba, moviéndose de forma un tanto grotesca, hasta que le daba caza. De la noche a la mañana había desarrollado una intolerancia absoluta a cualquier clase de suciedad, tanto más insólita cuanto que antes no solo se había mostrado bastante laxa en ese aspecto sino que, insisto, daba la impresión de ocuparse lo menos posible del aseo de mis dominios. No digo que fuera sucia ni descuidada pero era algo que jamás le había quitado el sueño. Ahora, sin embargo, le robaba el sosiego. Tampoco digo que antes hubiera sido una persona tranquila, porque siempre parecía inquieta, alerta como una ardilla en un parque público, pero ahora cualquier tontería la ponía histérica.



No sabría decir cuánto tardó esa fiebre limpiadora en afectar a su relación con el Formidable. Él era un tipo paciente, contemplativo y estoico cuya principal aspiración en la vida era la tranquilidad. Estaba más o menos bien en su piel, su vida le gustaba, adoraba a la Formidable tanto como ella lo adoraba a él y, aunque su trabajo como periodista podía ser muy duro y algunos días llegaba destrozado, parecía dotado de los recursos psíquicos necesarios para llevarlo con gallardía. Era aguerrido aunque no creo que siempre hubiera sido así. Yo intuía que le había ganado la partida a su fragilidad aplicando la inteligencia, que en definitiva no estaba en relativa armonía consigo mismo porque sí, sino porque había luchado para lograr convertirse en un organismo estable. Creo que ya he dicho que una de sus mayores cualidades estribaba en saber dar a las cosas su justa importancia. Tal vez por eso no le concedió mucha al principio a la obsesión de ella. Debió de pensar que se trataba de una manía pasajera, una consecuencia más de la mudanza y del hecho de estar viviendo en un piso nuevo y reluciente. De sus conversaciones yo ya había deducido que su anterior vivienda era vieja, que se hallaba en un barrio degradado y que el edificio donde se hallaba había ido dando incesantes señales de decrepitud en los últimos tiempos en que vivieron allí. Así que, entre una cosa y otra, él no parecía muy inquieto. Y eso que ella empezó a hostigarlo cada vez más. Si él sacaba de la nevera una botella de vino blanco o rosado para el

aperitivo, cosa frecuente, y el culo de la botella goteaba en el suelo, cosa no ya frecuente sino sistemática, ella se precipitaba a enjugar las gotas como si le fuera la vida en ello. Pero si él cometía el imperdonable crimen de pisotear las gotas sin darse cuenta, ella podía llegar a montarle una zapatiesta y a echarlo de la cocina a cajas destempladas, mocho en ristre, para eliminar *ipso facto* las huellas del delito. Él se mosqueaba un poco, pero se le pasaba enseguida. A veces lograban reírse juntos de la fiebre limpiadora y otras se enfurruñaban un rato.

Con humor o sin él, a ella se le intensificó la manía. Limpiar se fue convirtiendo en lo más importante y a menudo hacía un alto en sus tareas para lustrar la vitrocerámica, aunque no estuviera sucia, hasta sacar destellos. Cualquier salpicadura en los espejos de los baños, cualquier rastro en las mamparas, cualquier chorretón, cualquier mota en el suelo, y los numerosos cabellos que se le iban cayendo, eran impulsivamente erradicados en el momento mismo en que los descubría. No admitía espera. No podía esperar a acabar el artículo que estuviera escribiendo, aunque corriera prisa entregarlo, o a tener lista la clase cuya preparación la ocupaba. La limpieza era una especie de compulsión que la movía a atacar las imperfecciones sin perder un instante. De hecho, incluso en mis momentos de mayor esplendor, cuando más brillaban mis suelos y mis superficies, en general después de que la asistenta hiciera su trabajo, empezó a escudriñarme en busca de suciedades ocultas. Como si al no tener algún rincón que limpiar su vida quedase vacía de objetivos. Pero además se lamentaba a menudo de que la limpieza era el cuento de nunca acabar. «Te empeñas un día a fondo con el entarimado y, cuando a la mañana siguiente lo ilumina el sol, ves que en tan solo veinticuatro horas se ha cubierto de una película de polvo». El Formidable asistía atónito a la transformación de su amada. «Conoces el mito de Sísifo, ¿no?», le preguntó él un día. «Claro que lo conozco, no pensarás en serio que soy una ignorante. Y entiendo por qué lo mencionas: limpiar es como la condena de Sísifo a subir hasta lo alto de una montaña una pesada roca que, una vez arriba, se echaba inexorablemente a rodar hasta abajo». «Pues aplícate el cuento y deja de obsesionarte por las tareas domésticas de una vez por todas. No sé qué mosca te ha picado desde que vivimos aquí. Antes no eras así».

Con todo, ningún argumento sensato daba la impresión de hacer mella en la Formidable. Siguieron dando cenas y fiestas, pero para ella algo había cambiado. Cuando trozos de patatas fritas o cáscaras de frutos secos o pedazos de embutidos caían por el suelo, o cuando sudaban las copas de los invitados y goteaban por doquier, ella dejaba de inmediato de disfrutar de la compañía y de atender a la conversación, obsesionada por los destrozos. Permanecía en guardia,

al acecho del momento en que nadie mirase para así poder recoger furtivamente la comida del suelo. Era un detalle importante que nadie se diera cuenta porque su honor era más importante que el precioso parquet. Se acostumbró a guardar los restos de comida en la mano durante mucho rato después de haberlos recogido del suelo y a gesticular con naturalidad con el puño hasta que se deslizaba hacia la cocina y los tiraba a la basura. Aunque seguía disfrutando a ratos de las cenas y las fiestas, su inquietud ante la suciedad o ante cualquier pequeña herida que alguien pudiera infligir a mis suelos y paredes le había quitado capacidad de diversión. Ya no se entregaba como antes. Recuerdo una noche fatídica para ella. Los zapatos de uno de los invitados que se movía mucho iban dejando gruesas marcas negras en el suelo. Como por algún motivo el individuo se sentía impelido a levantarse de su asiento, a dar unos cuantos pasos y a volver a sentarse mientras contaba una anécdota —alguien dijo que era peripatético, una palabra sabrosa que retuve con porfía—, el suelo no tardó en presentar el aspecto de un cuadro abstracto. Ella estaba horrorizada. Temía que las rayas fueran indelebles y necesitaba comprobar de inmediato que se equivocaba. Si hubiera seguido su impulso, se habría puesto a cuatro patas para tratar de limpiarlas sin perder un instante. Pero eso era imposible en presencia de amigos. Así que se estrujó las meninges y encontró un sistema ingenioso para conseguir que todo el mundo abandonara la sala. Nadie puede negar que tenía imaginación, aunque a mí me entristeció que la usara para aquello. Ella sabía que la luna estaba en el primer cuarto creciente, apenas una uña justo al lado de las chimeneas de la antigua central térmica, y propuso un brindis a la luz de la luna, en la otra terraza, desde la que no podía verse el salón. Sus invitados no se arrugaban ante propuestas disparatadas, al contrario, así que todos acogieron la idea con ruidoso entusiasmo. Mientras los demás se extasiaban con la imponente visión de las chimeneas, el sutil gajo de luna, la torre Foster parpadeante y el Tibidabo iluminado, la Formidable se escabulló hacia el salón desierto y se precipitó a restregar las manchas negras con una bayeta húmeda. Infinito fue su alivio al ver que se borraban. Huelga decir que cuando los invitados volvieron, el suelo de la sala volvió a cubrirse de gruesas rayas negras por culpa del peripatético que no podía hablar quieto. Pero ella ya sabía que lograría eliminarlas sin dejar rastro alguno. En efecto, a la mañana siguiente, como ya era habitual después de las reuniones, la Formidable se entregó a una orgía de limpieza. Parecía más viva que nunca mientras restregaba con ahínco todas mis superficies. Sin embargo, y aun a riesgo de quedar como una ingrata, debo hacer constar que distaba mucho de ser eficaz. Se notaba que era una novata, entusiasta pero inexperta. Salía bastante airosa de las tareas

más sencillas, aunque le tomara el doble de tiempo que a la asistenta, pero suspendía en las más arduas y a menudo estropeaba más de lo que arreglaba. Si trataba de eliminar una mancha del sofá, no era infrecuente que la mancha se expandiera para profunda consternación de la autora del estropicio, que nunca sabía muy bien qué producto emplear. Ya no gozaba tanto de cenas ni de fiestas pero, encima, también la fiebre limpiadora podía arrojarla a un abismo de frustración. Los detergentes de marca blanca que compraba al principio fueron sustituidos por productos selectos. Llamaba a menudo por teléfono a la asistenta para pedirle consejo sobre esto y aquello. No sé si esas frecuentes llamadas telefónicas tuvieron algo que ver con lo que sucedió, pero la relación con la asistenta empezó a enrarecerse. La Formidable se pasaba la vida al acecho de pequeños desperfectos. Descubría en el enlosado de los baños nuevas manchas que no desaparecían aunque las atacara con el mocho y le echaba la culpa a la asistenta, a quien le decía que seguro que salpicaba el suelo con productos inadecuados que corroían el brillo. La asistenta, una peruana malcarada y dueña de un descomunal amor propio, encajaba mal la crítica y se defendía arañando. Se enzarzaban en trifulcas. Aunque la Formidable acababa sistemáticamente deshaciéndose en disculpas, no podía evitar volver a señalarle defectos a la otra. Tenía la impresión de que las manchas en las baldosas habían entrado en un imparable proceso de multiplicación y eso la mantenía en un estado peligroso de rabia y desasosiego. Pero además la obsesionaba averiguar qué ocasionaba las manchas y quién las producía. Él trataba de hacerla entrar en razón con el sensato argumento de que estaba malgastando en tonterías su inteligencia y su energía. «Escribe y déjate de monsergas. Estás perdiendo el tiempo miserablemente y sería mejor que publicaras pronto un libro». «Y tú harías bien en cerciorarte de que no salpicas el suelo del baño cuando vas a orinar».

Estoico como era, él no solía enfadarse, sino que más bien la hacía objeto de un sinfín de burlas. No había mala leche en las mofas, aunque ella, insegura por naturaleza, no siempre las encajaba bien. Él se había ido de viaje por un asunto de trabajo —un reportaje en Centroamérica— el día en que la Formidable le recriminó a la asistenta que había hecho unas espantosas rayas en el parquet de la habitación al abrir los cajones de debajo de la cama. «Se está cargando usted la casa: primero las salpicaduras en las baldosas, que cada día hay más, y ahora el parquet echado a perder. ¿No puede ir con más cuidado?». Para la asistenta fue la gota que colmaba el vaso. Se exaltaron las dos y el tono fue subiendo. Se faltaron al respeto y a punto estuvieron de llegar a las manos. Lo peor de todo fue que la mucama se despidió no sin antes decirle a la otra que no había quien la aguantara. Cuando la Formidable, que ya empezaba a ser presa de

los remordimientos, le entregó la paga del día, la otra mujer le tiró los billetes a la cara, se reprimió ostensiblemente de echarle un escupitajo, y le dijo con todo el sarcasmo de que era capaz que le deseaba mucha suerte con la siguiente asistenta.

Puede que me equivoque porque él siempre fue para mí más hermético que ella, dentro de la cual leía yo mucho mejor, sobre todo desde la noche funesta en que se produjo el desaguisado que empezó a desquiciarla, pero tengo la sensación de que, cuando él volvió del viaje y ella le contó lo sucedido con la asistenta, él se planteó por primera vez en serio que ella tenía un problema.

III

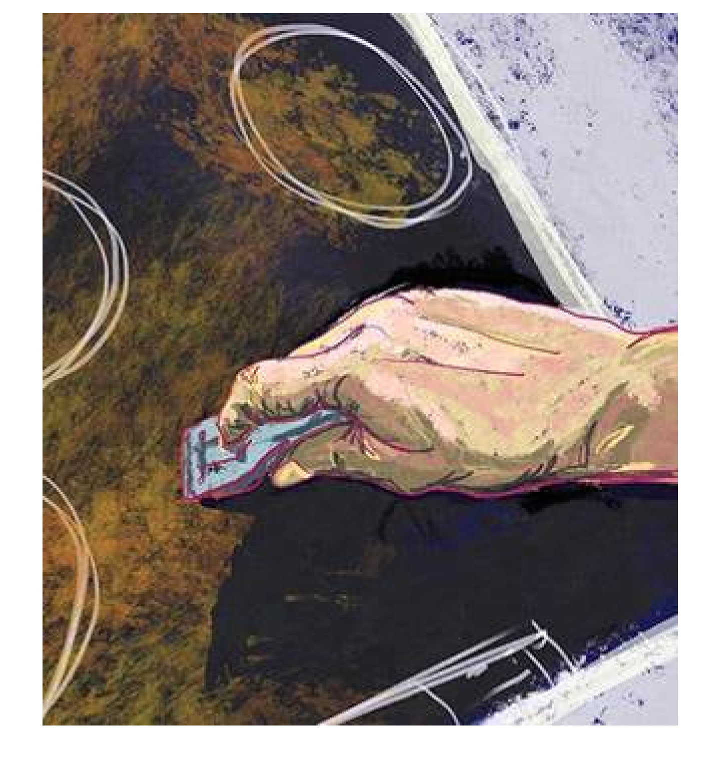
ADICCIÓN

Como si el mismísimo Lucifer hubiera intrigado para colocarla en mis dominios, todo fue de mal en peor cuando contrataron a la nueva mucama. Se trataba de una joven refugiada siria que había perdido a su marido en el conflicto, había huido con un niño pequeño de Alepo, donde era profesora de francés, y era tan poco eficiente limpiando que la Formidable tenía una coartada perfecta para ir repasando las deficiencias de la otra. Despedirla era impensable dada su situación. Ahora bien, en lugar de instruir a la joven siria en las técnicas de limpieza, como habría hecho cualquier otra patrona, la Formidable, que tampoco era un genio con la bayeta y la escoba, la dejaba hacer, escuchaba fascinada las historias de la guerra que contaba la siria, que así aún rendía menos, y se ponía a adecentarme ella misma frenéticamente cuando se iba la otra dejando tras de sí las huellas blancuzcas de las gamuzas en ventanas y cristaleras, espejos y mamparas, el suelo recién fregado cubierto de pisadas, los rincones polvorientos y la ropa por planchar. Cuando el Formidable se dio cuenta de lo que sucedía, propuso contratar a otra persona, pero ella se negó en redondo con el argumento de que era una ignominia dejar a la siria en la calle y, como él era complaciente y poco dado a discutir, la opinión de ella no tuvo excesivos problemas para prevalecer.

La limpieza empezó a absorberla hasta tal punto que perdió incluso el gusto por la conversación y, en mitad de las charlas con él que antes constituían un placer sagrado, se levantaba a quitar una cagada de pájaro de la barandilla de la terraza o a barrer la hojarasca y las flores caídas o a borrar huellas de pisadas del suelo o lo que quiera que fuera. Apenas permanecía sentada cinco minutos cuando alguna suciedad recién descubierta, por insignificante que fuera, la impulsaba a actuar. Se lamentaba de que sufría presbicia y cada vez le costaba más leer pero tenía un ojo de águila para la porquería. Como cazadora de manchas no tenía rival. No había nada que ella no viera en sus múltiples expediciones de reconocimiento a lo largo y ancho de mis

ciento quince metros. Me escrutaba, me escudriñaba, me inspeccionaba sin cesar. Ninguna mancha, ningún cerco de grasa, ningún rastro de cal, por diminutos que fueran, contaban con la menor posibilidad de seguir existiendo. Perseguía con aspecto de loca las bolas de pelusa y las borras zarandeadas por la corriente de aire hasta que las cazaba. Iba a la cocina y pasaba un dedo por los tiradores de cajones y alacenas y rara vez los hallaba a su entera satisfacción, con lo que se veía irremediablemente constreñida a pasar la bayeta hasta dejarlos relucientes. Lo mismo sucedía con los suelos de las terrazas, los alféizares de las ventanas, los raíles de las cristaleras, los lavamanos y los retretes, aunque lo que con mayor afán y frecuencia limpiaba era la vitrocerámica, que se había convertido en su juguete favorito. Cuando el Formidable salía de la cocina o del cuarto de baño, ella se precipitaba a limpiar lo que él hubiera manchado. Vivía con el ay en el cuerpo, inquieta, alerta, presa de la ansiedad. Con la bayeta en la mano, como aquel que dice.

No quisiera dar la impresión de que yo habría preferido estar sucia porque no se trata de eso. Pero empezaba a preocuparme y el Formidable aún más, y eso que él no era proclive a dramatizar. Un día en que ella entró en el cuarto de baño inmediatamente después de que él hubiera orinado, ansiosa por ver si había salpicado en el suelo gotitas de pipí susceptibles de dañar el brillo de las baldosas, en lugar de cabrearse como sucedía otras veces al verse expuesto a las recriminaciones de ella, él le dijo que tenían que hablar, la hizo sentarse en el sofá, le sirvió una copa de vino, llenó de patatas fritas un cuenco, le dijo que se estaba volviendo insoportable, que no quería seguir viviendo así, y le rogó encarecidamente que fuera a ver a un terapeuta y se lo contara todo. «No te reconozco, ya no eres la persona magnífica de la que me enamoré. Si soy algo más para ti que la posibilidad de una mancha, pon remedio a esta situación. Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo».



Alarmada ante la idea de que él la abandonase, la Formidable juró y perjuró en todos los tonos posibles que pondría remedio. En lo sucesivo, hizo ímprobos esfuerzos para no asearme delante de él. Aunque le costaba horrores, lograba reprimirse. Pero empezó a hacerlo en secreto, cuando él no estaba en casa. O, peor aún, se levantaba en plena noche, mientras él dormía y, extremando el sigilo, frotaba y restregaba, limpiando sobre limpio la mayor parte del tiempo y como embriagada por los efluvios tóxicos de los detergentes, que cada vez rociaba con más generosidad. Yo me ponía enferma al verla actuar así y no podía evitar preguntarme si las constantes inhalaciones de tantos productos químicos no estaban acabando con la poca cordura que aún le quedaba. Había oído hablar de personas que se habían perdido por el abuso de drogas, pero nunca por abusar de productos destinados a la pulcritud del hogar.

Ya nunca daban aquellas fiestas explosivas que tanto me divertían, solo de vez en cuando alguna cena con pocos invitados. Además, andaban enfadados la mayor parte del tiempo porque, a pesar de lo mucho que ella se proponía no reñirlo por haber ensuciado, los reproches acababan por escapársele de la boca y se enzarzaban en trifulcas en las que él empezó a levantar la voz, algo inaudito hasta entonces. Llegaron incluso a cancelar alguna cena pocas horas antes de darla con el argumento de que uno de los dos se había puesto súbitamente enfermo cuando en realidad se habían peleado y no

estaban para agasajos. También su actividad sexual empezó a resentirse: si antes se entregaban a menudo en camas, sofás y suelos a briosos revolcones, breves y llenos de urgencia feroz los unos, largos y golosos los otros, la frecuencia disminuyó y el entusiasmo se enfrió.

Ella seguía limpiando en la clandestinidad. No podía dejarlo; era superior a ella. Un día en que restregaba el lavamanos del baño a las cinco de la madrugada, él se levantó a orinar y la pilló bayeta y Viakal en ristre, con aires de delincuente. No discutieron. Mientras ella no dejaba de repetir «Perdón, perdón, perdón», él, con los ojos desorbitados, se escabulló hasta el otro cuarto de baño sin articular palabra. Parecía tan impresionado y aturdido como si acabara de sorprenderla en la cama con otro. Ella fue detrás de él, balbuceando disculpas, pero él cerró la puerta del baño por dentro para impedirle entrar. No quería hablar o, mejor dicho, era incapaz de hacerlo. Le faltaban las palabras, a él que siempre se las ingeniaba para expresar las cosas con gracia. Se quedó un buen rato encerrado, sentado en el retrete, con la cabeza entre las manos. Intuyo que las ideas se le apiñaban en vertiginosa e ilegible tromba en la cabeza porque, al cabo de un rato, salió del baño todavía abrumado y, al ver a la Formidable, de pie frente a la puerta, con la bayeta y el detergente aún en las manos, la abrazó muy fuerte durante unos minutos, como si así pudiera salvarla de un peligro inminente, y ella se echó a llorar en sus brazos. Al día siguiente él le hizo prometer solemnemente que iría a ver a un psicólogo. Me tranquilicé un poco al oírla llamar a un amigo psiquiatra para que le recomendara un terapeuta a quien se precipitó a pedir hora.

Durante un tiempo —en ese momento barrunté que sin duda se debía a las consultas al psicólogo—, la fiebre limpiadora entró en fase de remisión. Ella empezó a escribir más que nunca y de nuevo quise ver ahí un síntoma de mejoría. ¿Acaso no había oído en muchas de sus sobremesas, con amigos o en *tête-à-tête*, que escribir poseía virtudes terapéuticas? Nunca hasta entonces me había dado por ponerme a leer sus textos. No es que no sintiera curiosidad, pero me dejaba arrullar por el ruido de su enérgico teclear en el ordenador. No necesitaba indagar en el contenido; me bastaba con dejarme masajear por el tableteo y por la sensación de estar dando cobijo a una aventura creativa. A veces, mientras la oía teclear, fantaseaba con que se hiciera famosa y le llovieran los premios y las entrevistas. No me habría importado salir en la tele, en alguno de los programas literarios que ella a veces miraba, o en alguna revista. De hecho, ya me veía iluminada por los focos de los fotógrafos. Seguro que quedaría fotogénica, con todo ese mar ahí delante y las cuatro palmeras. Me avergüenza confesar que la idea de dar un poco de envidia al resto de los pisos me llenaba de placer. Pero todos mis sueños de grandeza se

vinieron estrepitosamente abajo, maldita sea mi estampa, cuando se me ocurrió leer el poema en el que trabajaba. No pude con él y lo dejé a la mitad. Ya sé que sería pura jactancia erigirme en árbitro en materia poética, por más que me haya ilustrado a lo largo de unas cuantas sobremesas. Así que no daré mi opinión sobre la calidad literaria de la dichosa balada. Lo dejo para los críticos, si es que algún editor se atreve a publicarla. Sí confesaré que me dejó llena de dudas acerca de la eficacia de la terapia que seguía la Formidable. Es cierto que el poema no carecía de rasgos de humor y, puesto que el humor entraña distancia, exhalaba algo parecido a la lucidez. Pero no me pareció el texto de alguien que se estaba desenganchando de una adicción a la limpieza. Al contrario: después de leerlo no era descabellado sospechar que la autora estaba determinada a seguir cultivándola. No pude evitar preguntarme si de verdad la Formidable estaba acudiendo al psicólogo o solo lo fingía. Durante varias noches seguidas traté de inocularle a él mientras dormía la idea de acompañarla a la terapia para asegurarse de que estuviera siguiéndola, pero no funcionó. En cualquier caso, durante mucho tiempo me abstuve de espiar los escritos de la Formidable para no llevarme más chascos.

Poco tiempo después de escribir el poema —que, por cierto, jamás le pasó al Formidable para que lo leyera, señal de que quizá tampoco ella lo tenía en muy alta estima— contrajo una nueva manía que confirmó mis sospechas acerca de su salud mental. Descubrió una porquería grande y vistosa en las baldosas del baño, sin duda provocada por alguien que primero había salpicado algún líquido en el suelo y luego lo había pisoteado dejando las huellas de las suelas de sus zapatos en un radio de acción bastante considerable. Puesto que ese día la asistenta no había ido, los culpables de la tragedia solo podían ser dos: el Formidable o ella. Leí en su interior sin la menor dificultad que se exoneraba a sí misma y lo culpaba a él. Pero en lugar de precipitarse a eliminar el manchón, como lo habría hecho un par de semanas antes, cogió su cámara de fotos y solo después de haber tomado varias instantáneas desde ángulos distintos, se dispuso a acabar con él. Luego, se sentó a su mesa de trabajo, puso en marcha el ordenador, creó una carpeta nueva que bautizó como Manchas y una subcarpeta a la que puso el nombre de Pisadas y donde descargó las fotos que acababa de hacer. Muy satisfecha, con una sonrisa que a mí me pareció la de una perturbada, pasó la siguiente media hora sin poder apartar la vista de las fotos, hasta que llegó él y ella cerró enseguida la carpeta. Lo de la foto creó precedente y ya no hubo mancha que no fuera debidamente documentada y descargada en el ordenador en su carpeta correspondiente. La carpeta incluía varias subcarpetas: además de Pisadas, estaban Bolas de pelusa, Borras y

polvo, Cercos de Grasa, Excrementos de bichos, Pelos, Rayas y muescas en el parquet, Restos de comida, Salpicaduras y goterones. ¿Era el psicólogo quien le había aconsejado que lo hiciera? Lo dudo. Yo creo que era ella, que progresaba en su neurosis. Y que no iba al psicólogo. Que nunca había ido, por más que a veces le hablara al Formidable de las sesiones de terapia no sin ciertos detalles sin duda destinados a hacer que la patraña fuera verosímil.

La Formidable persistía en su fase fotográfica, y ya atesoraba centenares de fotos que contemplaba a menudo, cuando él no estaba en casa o mientras dormía, porque por nada del mundo quería que la descubriera, cuando él le dijo que un amigo suyo muy querido, a quien le habían ido mal las cosas —había perdido un buen trabajo, se había divorciado, había intentado montar con sus ahorros un restaurante que se fue a pique y lo dejó arruinado y con deudas asfixiantes y había encontrado otro empleo muy por debajo de sus capacidades, y a tiempo parcial, que no tuvo más remedio que aceptar porque a sus cincuenta y pico igual ya no encontraba nada mucho mejor— le había rogado que lo alojara una o dos semanas mientras se mudaba. Yo me di cuenta de que la Formidable se estremecía, se arrugaba, se sofocaba por dentro. Puede incluso que ese intenso seísmo se hiciera fugazmente visible en un súbito sonrojo y una expresión de alarma. Pero se sobrepuso enseguida y no creo equivocarme si afirmo que él no advirtió nada. A ella no le hacía ni pizca de gracia, pero pensó que se lo debía. El Formidable rara vez pedía cosas. Los afanes y los deseos imperiosos estaban escritos con tinta indeleble en la naturaleza de ella pero no en la de él. Quizá alguna vez lo habían zarandeado de un lado para otro pero había conseguido dominar la tendencia. Por otra parte, ella se daba perfecta cuenta de que su relación con el Formidable se había vuelto frágil y que una negativa amenazaba con complicar más las cosas. Eso sin mencionar el hecho de que habría sido una crueldad negarle su hospitalidad al infortunado amigo. Así que el individuo en cuestión desembarcó en mis dominios un viernes a mediodía. En cuanto lo vi, comprendí los reparos de la Formidable. Era un individuo no grande, sino gigantesco, alto y ancho como un templo dórico. Casi no pasaba por debajo de mis puertas y debía de pesar ciento treinta kilos. Todo en él era enorme, exagerado, continental. Tenía hombros de coloso y unas piernas larguísimas. En seis o siete zancadas me recorría entera. A su lado la Formidable parecía un mosquito y a mí, que siempre he sido espaciosa, me convertía en un zulo. Yo nunca había visto unos pies ni unas manos tan grandes, con dedos como plátanos. Se me ocurrió que si lo ponían de espantapájaros en un campo, no habría ningún ave que tuviera valor de acercarse por allí. Pero nada habría sucedido si solo se hubiera dedicado a ser gigantesco y a ocupar

mucho espacio. El problema es que aspiraba a ser un huésped agradecido y encantador y, en cuanto ella se dispuso a preparar la comida, la siguió hasta la cocina con andares de orangután. «Dime en qué te puedo ayudar». «En nada», le contestó ella veloz como un rayo y clarividente como un profeta. Estuvo un poco seca y él se quedó algo cortado. «Eres nuestro invitado; deshaz tu maleta, toma posesión de tu cuarto o apoltrónate en la terraza con una copa de vino», se apresuró a matizar en un tono menos desabrido. Y aún añadió: «Lo tengo todo controlado, no te preocupes». Él, que era manso, fue a darse una ducha y luego puso la mesa y la estuvo entreteniendo con su conversación mientras cocinaba.

Ella impartía una clase esa tarde, después de comer, y el gigante se quedó solo en casa, sin nadie que le impidiera dar rienda suelta a su inmensa gratitud, porque el Formidable también trabajaba hasta la noche en la redacción del periódico. Cuando ella regresó, el gigante había preparado una cena sorpresa y en ese proceso había acumulado en su expediente media docena de delitos, lo que demuestra que lamentablemente la bondad puede ser tan perniciosa como la maldad: las alacenas de la cocina, que horas antes estaban impolutas, lucían enormes huellas dactilares y tiznes de un amplio espectro de tonalidades; la vitrocerámica era una oda a la mugre y el suelo, un cuadro matérico a base de desperdicios y líquidos pisoteados, como si en vez de un solo cocinero hubieran sido treinta chocando sin cesar y derramando cosas a cada colisión. La nevera y el lavavajillas no se habían librado de las huellas grasientas de los descomunales dedos. Pero ella sabía leer los suelos y enseguida se dio cuenta de que las pisadas no se circunscribían a las baldosas de la cocina ni pertenecían a un solo par de zapatos, de modo que supo que el Formidable también estaba en casa. No tuvo más que seguir las pisadas para descubrir que los dos caballeros estaban en la terraza, bebiendo una copita y echándose unas risas, indiferentes como filósofos a la porquería, quizá incluso ciegos al terrible espectáculo que acababa de hundirla. De hecho, verlos tan campantes mientras ella hervía por dentro le daba tanta o más rabia que toda la suciedad. Otra vez hizo ímprobos esfuerzos para contenerse, pero no pudo evitar cenar con cara de palo y nula locuacidad antes de farfullar una excusa —ya no recuerdo si jaqueca o dolor de muelas— y meterse en su dormitorio por la puerta que lo comunicaba con el salón. Mientras el gigante le preguntaba al Formidable qué diablos había hecho mal y este la excusaba diciendo que debía de haber tenido algún contratiempo en el trabajo, ella salió de su dormitorio por la puerta ventana que daba a la terraza, se deslizó furtiva, como un ladrón en su propia casa, hasta la cocina, inaccesible visualmente desde donde se encontraban ellos, y se puso a adecentarla procurando no hacer ruido. El menor chirrido de

las bayetas la hacía sobresaltarse. Se quedaba unos segundos paralizada de terror y, al ver que nadie acudía, volvía a aplicarse a su labor limpiadora. Cuando acabó, volvió a su habitación por la terraza, felicitándose por el hecho de que la mayor parte de las piezas tuvieran doble acceso. Excitada como estaba no consiguió pegar ojo en toda la noche, aunque fingió que dormía cuando se presentó el Formidable, temerosa de encajar una regañina por su actitud durante la cena si él la encontraba despierta.

El gigante volvió a las andadas al día siguiente. Como nadie le había dicho que las cenas sorpresa no eran bienvenidas si por culpa de ellas la cocina quedaba rebozada en una capa de grasa, y como sus anfitriones no regresaban hasta la hora de cenar, consideró su deber de huésped *comme il faut* ocuparse de la pitanza. Se veía a la legua que era de buen diente y que cocinar le entusiasmaba, aunque no así ir limpiando lo que en su incontenible exuberancia manchaba sin cesar y desde una altura que hacía que las gotas salpicaran un radio de acción de extraordinaria amplitud. Encima, si la Formidable ya era una mujer bastante torpe, el gigante tenía una preocupante tendencia a que las cosas se le cayeran. Igual no es que se le cayeran, sino que se suicidaban presas del pánico al verse en las manos de aquel tipo tan grande. Los tomates se le escurrían entre los enormes dedazos y a veces los pisaba antes de darse cuenta de dónde habían caído; huelga decir que recogía el tomate, pero olvidaba quitarse los restos de la suela del zapato, que iba estampando su firma por las baldosas; los recipientes se le resbalaban porque los cogía con los dedos grasientos y las cremas y purés se esparcían por doquier, los alimentos que freía o rehogaba salpicaban el suelo y él pisoteaba la grasa caída y todo se iba cubriendo de una película de pringue. Desde luego, era una fuerza desencadenada de la naturaleza. Algo digno de ser visto. De no ser porque me angustiaba la previsible reacción de la Formidable, me habría divertido asistir el espectáculo de aquella enormidad territorial enfundada en un delantal de cocina que resultaba ridículo porque apenas le tapaba nada, moviendo las aspas cual molino enloquecido, y derribando ahora el bote de la pimienta, ahora la taza de leche, ahora la sartén donde la cebolla se pochaba a fuego lento. Sin embargo, confieso que lo que más me impresionaba era que no se diera cuenta de la magnitud del desastre y que siguiera a lo suyo como si no estuviera sembrando el caos a su alrededor.

Quien sí reparó al llegar en el aspecto lamentable que ofrecía la cocina fue el Formidable. Sin duda había comprendido, por más que dijera, que la actitud que ella había mostrado la noche anterior se debía al deplorable estado en que encontró la cocina. Así que emprendió una labor de aseo, aunque era difícil hacerlo mientras el otro seguía manchando como si tal cosa. La escena no dejaba de tener

su comicidad. Pero era una de esas risas destinadas a congelarse porque la Formidable apareció mucho antes de que él consiguiera dejarlo todo en orden. Ya no debía de venir muy fina, porque no solo no había dormido esa noche y sin duda la jornada laboral le había exprimido la energía, sino que en el trayecto de regreso debieron de asaltarla premoniciones funestas sobre lo que encontraría en casa. El estallido era inevitable y, en efecto, estalló. Sapos y culebras salieron de su boca. Al gigante, boquiabierto, le temblaban las manos y se le humedecieron los ojos. ¿Cómo podía contener una mujer tan menuda una cólera tan grande? ¿Cómo podía conocer alguien tal cantidad de improperios? Hasta que el Formidable, que era lento de reflejos, intervino con un grito que debió de ser captado por oídos lejanos y ella cerró la boca. Él, en cambio, desahogó allí mismo, rotos los últimos diques, todo lo que se había guardado para sí durante los últimos meses. Que estaba hasta el gorro de aquella situación no podía estar más claro. «Estoy harto de que me trates como si para ti solo fuera la posibilidad de una mancha», fueron sus últimas palabras.

Puede que de no haber estado allí el gigante las cosas hubieran sido distintas. Pero ella, que aún trepidaba de furia, vivió como una humillación imperdonable que el Formidable le dijera todo lo que le dijo delante de un testigo. Así que cogió una maleta, la llenó con sus bártulos, y desapareció. Dónde fue, no lo sé. Al día siguiente mandó a una amiga suya a recoger las cosas que necesitaba. La amiga estaba bien asesorada porque se deslizó en mis dominios cuando no había nadie aquí. Llevaba una lista y un plano para saber dónde estaba cada cosa. Supuse que esa misma amiga alojaría a la Formidable. Pero solo tengo mis elucubraciones. La única hipótesis descartable *a priori* es que hubiera elegido refugiarse en casa de su madre.

Desolado por su papel de desencadenante del drama, el gigante también hizo las maletas a la mañana siguiente y el Formidable estaba tan triste que no intentó retenerlo. Se fue hundido al trabajo, destrozado, con el semblante gris. Yo sé que la quería y que ella lo quería a él. No me cabe la menor duda de que se querían los dos. Pero no hubo manera de que se reconciliaran. Supongo que debieron de quedar para hablar en algún sitio neutral, porque aquí no hubo ya más conversaciones ni volvieron a estar juntos entre mis paredes. Un mes después de la pelea, fue el Formidable quien hizo las maletas. Durante varios días, profundamente abatido, vació cajones y armarios, metió libros en cajas, empaquetó cachivaches. De mi tristeza nadie puede hacerse una idea cabal.

IV

LA CORDURA, LA CORDURA, MANTENER LA CORDURA

Durante un mes y medio nadie se dejó caer por aquí, ni siquiera para adecentarme. Después de haber sido objeto de obsesivos cuidados, el abandono era insoportable. Aún peor llevaba la soledad, tanto más amarga cuanto que había conocido tiempos esplendorosos. Me avergüenza confesar que, en esa época, incluso las conversaciones de los transeúntes, aun fragmentarias y breves, me animaban fugazmente. La mayor parte eran deportistas, que pasaban corriendo en parejas o en grupo y apenas si soltaban un par de frases jadeantes, sin mucha sustancia, antes de alejarse demasiado como para que pudiera oírlos. Eran miserables migajas pero tenía tanta hambre que cualquier cosa servía. Empecé a esperar con impaciencia y a espiar con fruición las escenas de sexo que tenían lugar dentro de los coches aparcados en las cercanías. Eso sí era rebajarse. Qué vileza la mía. Me estaba convirtiendo en una mendiga de palabras y en una *voyeur*. La mayor parte del tiempo solo vislumbraba confusos revoltillos de manos y de piernas agitados por movimientos espasmódicos que a veces le contagiaban al coche treinta segundos de bamboleo. Los únicos que dejaban poco lugar a la imaginación eran los dos rapados y depilados miembros de una pareja gay de quien nadie habría podido decir si eran morenos o rubios o calvos de verdad, que aparcaban su cochazo de lujo en la calle perpendicular al mar, casi siempre en un sitio donde yo tenía un buen ángulo de visión y, completamente desnudos sobre los asientos extendidos, donde jamás debieron de encontrarse ni un pelo, me instruían en el delicado arte de la felación. Después de darse placer, se tumbaban a fumar un cigarrillo con los pies encima del salpicadero y una calma encomiable. La irrupción de otro coche o de alguien que pasaba por las inmediaciones no los incomodaba. Eran los transeúntes quienes se mostraban turbados. El campeón de la turbación era un calvo barrigón que debía de rondar la setentena y venía a menudo a las mismas horas en que solía hacerlo la pareja, se sulfuraba y profería invectivas que me hacían estremecer de felicidad porque me recordaban un poco al jugoso vocabulario, lleno

de palabras de muchas sílabas, que empleaban los Formidables. Aunque me encantaba que montase esos escándalos, no dejaba de ser sorprendente que el tipo, que yo juraría que no era un vecino, viniera a pasear una y otra vez por un sitio que suscitaba en él tanta indignación.

Hasta que un día me sacó del letargo el sonido de unas llaves en la puerta de entrada y apareció la Formidable. Me puse contentísima pero se me pasó enseguida. Después de tanto tiempo yo esperaba alguna señal de afecto que no llegó a producirse. Ni una sonrisa ensoñada ni una triste caricia ni un solo suspiro que denotara nostalgia. Se limitó a someterme a una minuciosa inspección, como si no tuviera conmigo un vínculo afectivo: escudriñaba mis paredes muy seria y concentrada, con una frialdad científica más propia de un empleado de la inmobiliaria. No se quedó mucho rato y, cuando cerró la puerta, me habría puesto a llorar. Negros presagios se apoderaron de mí. Estaba segura de que iban a venderme. Vi confirmadas mis sospechas, cuando una semana después, una brigada de pintores desembarcó aquí. Retiraron los libros de las estanterías, quitaron las alfombras, apartaron los muebles, me cubrieron con telas y volvieron a pintar las paredes de blanco. Cualquier otro piso habría celebrado el tratamiento de belleza. Yo no. Tenía el ánimo por los suelos. Me atormentaba la absoluta certeza de que no volvería a ver a los Formidables y en breve colgarían el temido cartel de «En venta». Estaba segura de que pasarían otra vez años antes de que alguien sucumbiera a mis encantos y decidiera comprarme. Así como una casa que ha albergado felicidad multiplica sus atractivos, un aura de tristeza se queda flotando en un lugar donde sus habitantes han sido desdichados. No podía evitar sentirme un poco culpable, como si hubiera sido yo, y no ellos, la causante de todo. Como si no hubiera sabido envolverlos en la atmósfera adecuada para que fueran felices. Me acusaba de haberme reído a menudo de sus contrariedades y de haber disfrutado maliciosamente con alguna trifulca. De haber sido perversa en muchas ocasiones.



Sola y abatida, perdí la noción del tiempo. No sabría decir con exactitud cuándo volvió a aparecer la Formidable. Puede que fuera a finales de junio o a principios de julio, a mediados quizá. Lo único que puedo afirmar sin temor a equivocarme es que ya hacía calor y ella iba vestida con ropa muy ligera. Me alegré al descubrir que venía con las maletas llenas, que deshizo enseguida, para volver a instalarse aquí. ¿Habían firmado un acuerdo de divorcio que estipulaba que ella se quedaba el piso o se habían reconciliado y él no tardaría en presentarse a su vez? Pasados unos días, dejé de especular y me rendí a la evidencia de que él ya no vendría. Ella estaba rara, no actuaba igual. Ya no era explosiva. No daba muestras de la endiablada energía que antes la poseía. Parecía tenue y difuminada. Si antes me hubieran dicho que aquel torbellino, siempre agitado por alguna inquietud, incapaz de estarse quieto y callado mucho rato podía volverse apático, me habría reído en las narices de quien se hubiera atrevido a sostener esa imbecilidad. Por desgracia, habría tenido que tragarme mis burlas. Si antes ella era una forma inestable, sujeta a mil oscilaciones, la versión que regresó se había estabilizado en una especie de apatía: se quedaba como ida, abúlica e indiferente, mirando el mar sin verlo, como un envase vacío. Ya no probaba el alcohol. Las copitas en la terraza se habían acabado. Tampoco explotaba en histriónicas exclamaciones al ver pasar un velero con las velas desplegadas o al descubrir que una de sus plantas había florecido, ni hacía ya un drama

del más nimio contratiempo. No lloraba ni daba la impresión de sufrir pero era como si hubiera perdido el gusto por la vida. Todo le daba igual. Claro que si se habían separado, nada de eso era extraño. Una separación desgasta al más pintado, pero perder a alguien como el Formidable tenía que dejarte planchada. Desprendía algo así: más que triste, daba la sensación de que acababa de pasarle un camión por encima. Pero algo no me encajaba. Hasta que una mañana vi la luz de repente. Fue al verla coger una caja de pastillas y tomarse una con un poco de agua. No era ni mucho menos la primera vez que lo hacía. Desde su regreso, había repetido ese mismo gesto tres veces al día y, tonta de mí, no le había dado importancia. Intuí que había acabado por acudir a un terapeuta y se estaba medicando. Eso podía explicar aquella atenuación de la exaltada vitalidad que antes irradiaba. No entiendo mucho de drogas legales, ni tampoco de las otras, aunque he visto a unos cuantos bajo sus efectos, pero imaginé que eran esas pastillas las principales responsables de los cambios en su conducta. En alguna de las múltiples sobremesas había oído decir que la mezcla de fármacos y alcohol tenía contraindicaciones, de modo que comprendí por qué mi propietaria había dejado de beber. A pesar de que se me caía el alma a los pies al verla sumida en la abulia, no quise ser fatalista y concebí la esperanza de que algún día no muy lejano todo volviera al orden. Si los medicamentos surtían efecto y conseguía curarse, ¿no podrían reconciliarse ella y el Formidable? Ni siquiera estaba claro que se hubieran divorciado. Tal vez habían acordado darse un tiempo de reflexión y aún todo era posible.

También parecía haber perdido su afición a la gente. Si antes yo había sido una de las casas más juerguistas en millas a la redonda, ahora no venía nadie. La Formidable, a quien sigo llamando así solo por costumbre, tampoco salía mucho. Recibía, eso sí, numerosas llamadas en su teléfono móvil, pero casi siempre miraba la pantalla para ver quién era y decidía no contestar. Que alguien tan sociable como ella y tan amiga de sus amigos se estuviera aislando del mundo me partía el corazón. A quien sí le cogió el teléfono un día fue a su madre. Puso el manos libres, porque si mal no recuerdo estaba preparándose un plato de pasta, y mi naturaleza chismosa entonó el aleluya. «¡Has dejado escapar a ese muchacho por tu mala cabeza!», fue la potente coz con que la gentil progenitora tuvo a bien iniciar la conversación sin recalar antes ni en un triste cómo estás. Era una pregunta retórica, por supuesto, y la Formidable, que así lo entendió, no picó en el cebo y permaneció muda mientras seguía cascando nueces con una calma que en ella resultaba más inquietante que un estallido de ira. «¿No me has oído?», volvió a la carga la madre. «¡Mira que dejar escapar a ese muchacho!». Los medicamentos debían de ser de lo mejorcito del mercado en materia de fármacos porque

bajo su influjo mi propietaria ni siquiera necesitó respirar hondo para seguir manteniendo una calma inaudita. Pero habló, ya lo creo que habló. «Escucha, mamá queridísima», dijo apoyándose unos segundos más de lo necesario en el queridísima, de forma que el superlativo se hinchó de ironía como la vela de un barco. «No siendo yo perfecta, ni habiéndolo pretendido jamás, por cierto, he cometido una serie de errores y en efecto mi matrimonio se ha roto. Es muy amable por tu parte llamarme para hurgar en la llaga. Pero voy a dejarte porque tengo la comida al fuego. Bueno, lo de al fuego es una forma de hablar, claro, puesto que ya sabes que cocino en una vitrocerámica». La madre ya no tuvo oportunidad de añadir nada en su defensa porque la Formidable pasó el dedo por el botón de finalización de llamada y enseguida cayó presa de la hilaridad. Cuando al cabo de una eternidad el ataque remitió entre toses y ahogos y golpes en el pecho, la oí decir, en voz bajita, para sí, algo que la oiría repetir muchas veces: «La cordura, la cordura, mantener la cordura».

Si he de ser sincera, a mí todo aquello me pareció más propio de una desequilibrada que de una persona cuerda. Sin embargo, la victoria moral sobre su madre, sumada al efecto de los medicamentos, le sentó bien a la Formidable, cuyo tono vital emprendió una fase de graduales progresos. Iba a nadar casi cada día a la piscina o al mar, donde la veía dar enérgicas brazadas cuando nadaba justo enfrente; volvía a cuidar de las plantas y quedaba de vez en cuando con alguna amistad, por desgracia lejos de mis dominios, donde yo habría podido escuchar sus conversaciones y aplacar mi curiosidad cada vez más voraz. Acostumbrada a enterarme de tantas cosas gracias al afán comunicador de mis propietarios, llevaba fatal la falta de información. No es solo que sea chismosa e indiscreta —sería indigno negarlo—, sino que aquellas peroratas sobre lo divino y lo humano, amén de satisfacer mis ansias de chismorreo, me iban ilustrando.

En cuanto a su adicción, estaba en una fase muy interesante. Interesante para mí, porque ella sufría horrores. Llegué a la conclusión de que el terapeuta le había puesto deberes para superar la obsesión. Creo, por ejemplo, que no se permitía más de una tarea al día. De modo que si pulía a fondo un baño, ya no tenía derecho a limpiar nada más hasta el día siguiente. Y nada más quería decir nada más. Ya sé que suena cínico, pero la prohibición daba lugar a escenas entretenidas. La primera vez que asistí a una de esas escenas, ella estaba en el sofá, enfrascada en la lectura de una novela de un tal Mujica Lainez que si mal no recuerdo se titulaba *La casa*, cuando cometió el error de apartar la vista del libro. Fue apenas un segundo, pero le bastó para descubrir una miga en el suelo. Horror, pavor, hundimiento, inversión anímica instantánea. El impulso de ir a recogerla fue irresistible: todas sus células se pusieron a tirar de ella

con la fuerza de mil bueyes. En su mente, la miga alcanzó una dimensión colosal. Ya no era una miga, sino un pedrusco espantoso en mitad del salón. Imposible para ella convivir con ese monstruo. Sin embargo, hizo un esfuerzo heroico para apartar la vista y volver a su libro, donde se obligó a echar el ancla. Pero yo notaba que, aunque en apariencia leía, se había roto la magia. Que su mente ya no estaba en la ficción. Que aunque sus ojos pasaran por encima de las letras, solo pensaba en la miga. La miga la llamaba, la miga le hacía señas, la miga la oprimía desde la distancia. La miga era un agujero negro por donde descarrilaba su vida. La miga era su enemiga. Ya sé que no debería hacer juegos de palabras en un momento tan grave pero, digna discípula como soy de los Formidables, no puedo evitar sucumbir a la tentación. Calculo que no habrían transcurrido ni diez minutos de encarnizada lucha interior cuando se levantó, cogió la miga y la tiró a la basura con el rabo entre las piernas, mohína y alicaída.

La segunda vez fue una cáscara de nuez bastante mayor que su predecesora la miga y, cuando la descubrió, la Formidable no estaba en el sofá sino en su mesa de trabajo, absorta en la escritura. La cáscara no era una mancha pero, al igual que las piedrecillas que a veces viajaban hasta aquí en la suela de los zapatos, era susceptible de rayar el parquet si se la pisaba, algo que había sucedido en varias ocasiones, la mayoría de ellas con la Formidable como pie ejecutor bajo el que chirriaban mis suelos. Esta vez mi propietaria desarrolló una estrategia distinta. En lugar de apartar la mirada de la cáscara, como había hecho con la miga, la miró fijamente. Supongo que la idea era aprender a convivir con la cáscara en lugar de negarla. Saber que estaba allí y a pesar de todo intentar no inmutarse. Aprender a vivir en un lugar y de una forma que no son ideales aceptando el desajuste entre realidad y deseo. Yo pensé que tal vez era mejor esa táctica porque la Formidable resistió el envite durante un buen rato. Tanto que al final se envalentonó. Se levantó, se dirigió a la cocina con aires jactanciosos, pisando fuerte y bamboleándose mucho, cogió el frasco de la miel, regresó donde la cáscara, abrió el frasco y derramó miel en el suelo. Adrede. Yo me quedé horrorizada, no por el atentado a mi integridad, que era lo de menos, sino porque de nuevo me pareció que aquello estaba a años luz del camino hacia la cordura. ¿Cuánto tiempo aguantó ella mirando la cáscara y la miel con ojos de abismo antes de precipitarse a la cocina, con su chulería deshinchada como la rueda de un coche, y regresar armada de bayetas y trapos para eliminar el desastre? No mucho, aunque esta vez había resistido bastante más que con la miga, un cuarto de hora o veinte minutos quizá.

A mediados de verano aceptó la invitación a pasar unos días en casa de una amiga, no sabría decir dónde, una isla tal vez. «Me irá

bien alejarme unos días de aquí», le dijo por teléfono a alguien. Yo pensé que una huida nada arreglaría, que lo único que conseguiría sería retrasar el proceso de curación, y además detestaba la idea de quedarme sola otra vez. Confieso que, en su ausencia, me descubrí odiando la casa donde se encontraba. Aunque no conocía a mi rival, me complacía imaginando con morbo masoquista mansiones espectaculares a la orilla del mar, con porches deliciosos cubiertos de buganvillas libres de las plagas que debilitaban la nuestra, paredes encaladas y postigos color lavanda, como la de la portada de una revista de arquitectura que estaba sobre el bidet del baño de cortesía. Imaginaba las exclamaciones de placer de la Formidable al llegar al lugar y me ponía enferma. Me hice mala sangre, ya lo creo. En el pasado, cuando también el Formidable vivía aquí, a veces se marchaban los fines de semana y yo me limitaba a esperar su regreso sin amargarme la vida. Esos breves paréntesis me servían incluso para entregarme a orgías de recuerdos durante las que revivía los mejores momentos, las anécdotas más jugosas y los comentarios más sabios. ¿Por qué de repente me comían los celos y me llenaba de rabia? ¿Me había contagiado ella su neurosis obsesiva? Me sentía tan zaherida cuando por fin la oí hurgar con su llave en la cerradura que me esforcé en provocar una presión interior que impidiera el acceso. Quería castigarla y tuve un éxito increíble porque, tras mucho hurgar, la llave se le rompió dentro de la cerradura. Mi propio poder me dejó impresionada. Era la primera vez que sucedía algo así. ¿Tenía yo poderes sobrenaturales o era una simple casualidad sin relación con mis celos que la llave se hubiera roto en ese preciso instante? Había intentado parecidas proezas en el pasado siempre sin resultados. La Formidable, en cualquier caso, llamó a un cerrajero y consiguió entrar tres cuartos de hora después. Lo primero que hizo, antes incluso de deshacer su maleta, fue llamar por teléfono. No sé quién era la persona a quien llamó porque no puso el manos libres. Después de hacer un desasosegado relato del contratiempo de la cerradura, le preguntó a bocajarro a su interlocutor: «¿Crees que es una señal de que no debería haber vuelto a poner los pies aquí? ¿Que la casa tiene malas vibraciones y sería mejor deshacerme de ella?». Me quedé anonadada. Decir que me arrepentí en el acto de haber pretendido impedirle el acceso es quedarme muy corta. Por suerte, la otra persona debió de quitarle esas ideas de la cabeza y cuando colgó se la veía algo más tranquila. Puede que fuera un efecto del bronceado pero me pareció que irradiaba un aura de salud física y mental. Conforme pasaba el tiempo, se afianzó mi impresión. Esa misma tarde, la Formidable leía en la terraza cuando un aleteo la hizo levantar la vista a tiempo de ver cómo el excremento de una paloma se estrellaba contra la barandilla metálica y dejaba una larga y repugnante

salpicadura en el cristal de la mampara. El impacto la hizo retroceder en la silla, como empujada por la onda expansiva de una explosión cercana. Luego enarcó las cejas, parpadeó un par de veces y puso cara de asco. En la escala de suciedades, una caca de pájaro dominaba la jerarquía. Era el tipo de cosa que, semanas atrás, la habría hecho levantarse *ipso facto*, movida por un imperativo feroz, para borrar cuanto antes las huellas del estropicio. Esta vez no fue así. La vi vacilar ostensiblemente. Era como si la oyera pensar, como si estuviera incrustada en su vida interior. Por un lado estaba determinada a resistir la tentación de levantarse y limpiar, por otro se repetía el muy sensato argumento de que sería mucho más sencillo deshacerse del excremento mientras aún estuviera tierno. ¿Se comería el brillo de la barandilla si lo dejaba secar? Esa posibilidad la puso en ignición y noté que hacía un esfuerzo tremendo para clavar el culo en la silla. «La cordura», susurró entonces, «mantener la cordura». No sé si llamarlo letanía, mantra o sortilegio, pero funcionó. Surtió un efecto inmediato y ella regresó al libro. Pero además regresó de verdad. Quiero decir que no levantó la vista del libro hasta el punto final. Es cierto que cuando la paloma nos había dejado su infecto regalo, a la Formidable solo le faltaban veintisiete páginas para llegar al final. No eran muchas, pero leerlas de un tirón suponía un progreso abracadabrante. Estupefacta, la vi incluso contemplar el mar un par de minutos y volver a abrir el libro para releer los últimos párrafos, regodeándose en aquella impavidez conquistada tras una ardua batalla. Solo entonces se levantó, no exactamente imperturbable, puesto que la caca de paloma seguía oprimiéndola, pero muy dueña de sí, imponiendo lentitud y racionalidad donde antes solo había descontrol y compulsión.

Esa tendencia se fue imponiendo poco a poco. Sin duda asesorada por su terapeuta, la Formidable iba conquistando tiempo de resistencia. Lo sé porque mientras ella podaba sus impulsos para intentar hacer con ellos algo parecido a un jardín francés con parterres geométricos, yo me dediqué a cronometrar y hacer mis estadísticas. Si primero resistía veinte minutos antes de eliminar una salpicadura o una mancha, con el paso de los días, dejó atrás la media hora. Yo celebraba los progresos, por minúsculos que fueran, y deploraba los retrocesos, que también existían. No era tonta, mi propietaria. Desarrolló una astucia que me conmovió: como sabía que era más vulnerable cuando estaba cansada o más nerviosa de lo normal, en esas ocasiones hacía heroicos esfuerzos para no fijar la vista ni en el suelo ni en las cristaleras ni en los mármoles de la cocina ni en ninguna otra superficie. Entraba al cuarto de baño procurando mantener los ojos apartados de mamparas y espejos. Así no corría el menor peligro de detectar una mancha. Qué graciosa estaba, con el

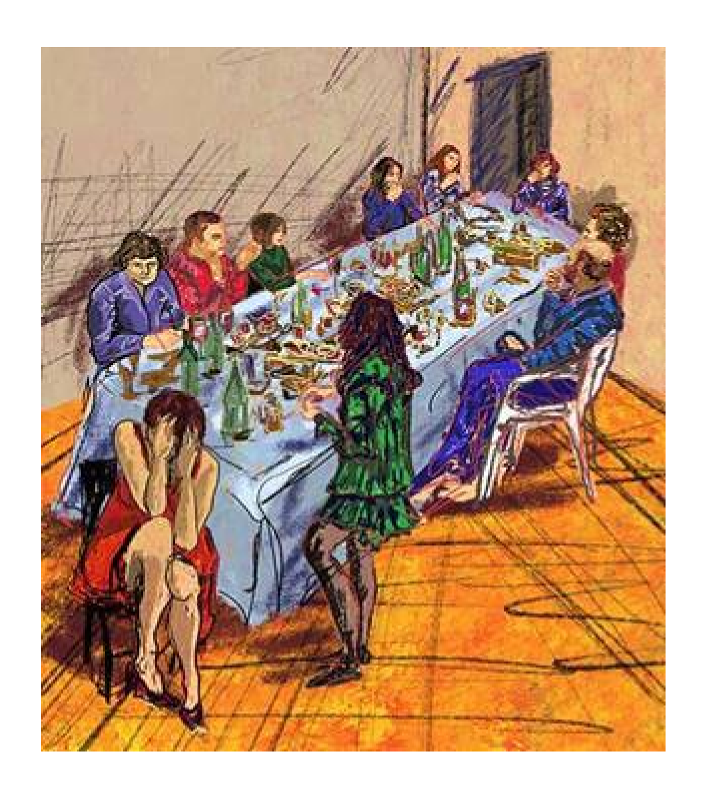
cuello erguido, la cabeza en una postura artificial y forzada y tratando desesperadamente de no mirar a su alrededor.

Pese a esporádicos fracasos, había conseguido cierta seguridad y sin duda fue eso lo que la impulsó a organizar una cena. Huelga decir que salté de alegría y entoné el aleluya porque una cena equivalía a regresar por la puerta grande a la normalidad. Aunque si al principio la alegría era químicamente pura, enseguida empezó a mezclarse con una ligera inquietud. Una cena era el hábitat natural predilecto para la proliferación de manchas. No había cena sin algún vertido sólido o líquido. Ninguna superficie se libraba de la amenaza. Ya solo en el aperitivo, las patatas fritas saltaban de las bocas hacia las mesas y el suelo, donde eran pisoteadas sin la menor piedad. Las cáscaras de pistacho volaban por los aires trazando bellas parábolas y los trozos de embutido seguían el mismo camino, al término del cual esperaba triunfante un manchurrón de grasa y una raya en el parquet. Ya no digamos las pastas saladas o las tostaditas untadas con esto o aquello, con su insidiosa proclividad a deshacerse en migajas. No había nada que no entrañara peligro. Incluso las aceitunas sin hueso, tan inocentes en apariencia, podían producir perversas salpicaduras que embadurnaban el suelo. De pronto imaginé el aperitivo como un monstruo de mil cabezas y temí por la cordura de mi propietaria. Ella anduvo muy ocupada esos días en mil y un quehaceres. Compró montones de cosas, entre las cuales no faltaban, para consternación mía, bolsas de patatas fritas. Al verlas, me achanté. La cena se me antojó una temeridad. Todo era prematuro. Aunque hubiera hecho progresos, aún era una enferma. En ese momento de miedo y debilidad, pensé si no podría yo, como cuando le había impedido entrar en mi interior, disuadirla de dar la cena. De ese modo comprobaría si de verdad me habían sido otorgados poderes sobrenaturales. Pero yo misma me sentía demasiado ilusionada y hambrienta de brillo social y la Formidable volvía a desplegar tanta energía que me convenció de que todo iba a salir bien. Si en algún momento había tenido miedo de sí misma, miedo de volver a caer en las garras de su obsesión, ya lo había dejado atrás. Con mi inquietud maniatada en un rincón de la trastienda, asistí llena de excitación a los preparativos, dejándome embriagar por los aromas de las exquisiteces que ella cocinaba y por los numerosos ramos de flores y las plantas exóticas con que me engalanó. Creo que nunca me había sentido tan hermosa ni había respirado perfumes tan delicados.

Cuando llegaron los invitados me esforcé por dar un concierto de buenas vibraciones. Las mesas estaban artísticamente cubiertas de coloridas suculencias. Una luna llena de color ámbar tuvo la elegancia de emerger desde el mar justo cuando los presentes salieron a la terraza, como si la Formidable también hubiera coordinado la

actuación del satélite. La cosecha de ohs y ahs y otras muestras de éxtasis fue más abundante que nunca y la conversación no tardó en ser chispeante. Ella estaba eufórica. Las oleadas de risas alcanzaban a veces intensidades sísmicas. No cabía la menor duda de que la reunión era un éxito. Y así siguieron las cosas. Trozos de patatas fritas se esparcieron por las tapicerías y el suelo, y las aceitunas soltaron gotas y las copas salpicaron bebidas y los tacones despanzurraron restos y pisotearon vertidos, como tiene que ser. Una fiesta sin ese apoteosis, sin esos movimientos coreográficos secretos, no sería una fiesta, sino un aburrimiento, y yo me alegré de embadurnarme con ese baño grasiento que en lugar de atentar contra mi dignidad, la restablecía. Sobre todo porque la Formidable no daba señales de reparar en ninguna de aquellas cosas. Disfrutaba de la fiesta como antes de contraer la fiebre limpiadora. O puede que sí se diera cuenta de que yo me iba ensuciando, pero no le daba importancia, como si por fin el espíritu estoico del Formidable hubiera calado en ella. ¿Significaba eso que se había curado? Yo aún no estaba segura, aunque por supuesto no había nada que deseara más. Cuando, acabado el aperitivo, los invitados se trasladaron de la terraza y el salón a la zona comedor, hubo una colisión fortuita entre dos de ellos, que ya estaban achispados. Uno perdió el equilibrio y, al tratar de apoyarse, tiró al suelo un cenicero de cristal. El cenicero no se rompió pero abrió un boquete del tamaño de un garbanzo en el parquet. La Formidable estaba cerca y se estremeció levemente al descubrir la lesión, pero reaccionó con una gallardía admirable. «¿Te has hecho daño?», le preguntó enseguida al causante del desperfecto. A mí, que la conocía, me pareció sincera. La integridad del amigo pasaba por delante de un agujero en el suelo. Sentí que una gran paz interior se apoderaba de mí, como si cierta sensación de amenaza acabara de disiparse en ese preciso instante. De modo que todos se sentaron alrededor de la mesa, encantados de la vida, celebrando los manjares y compitiendo entre ellos por hacer el mejor brindis en honor a la anfitriona. Se palpaba en el ambiente, o así me lo pareció, que sabían por lo que ella había estado pasando y se alegraban sinceramente de verla recuperada. Era su regreso, el fin de un periodo oscuro, la salida del túnel. ¿En qué se notaba la conciencia colectiva del momento histórico? Digamos que escuchaban a la Formidable con más atención de la que estaban dispuestos a dispensarse a ellos mismos. Si entre ellos se interrumpían sin el menor recato, recurriendo a veces a indecorosos manotazos para callar al vecino y lograr imponer su voz, a ella la escuchaban hasta que acababa sus frases y completaba su anécdota. La escuchaban incluso cuando se perdía en circunloquios. Aunque no se daba cuenta de esa deferencia, ella estaba en la gloria. Fortalecida por el calor humano, resplandecía como una segunda luna llena. Es posible que

hubiera temido que algunos le retirasen el afecto de antaño después de separarse. Aquella reunión, a la que habían acudido amigos muy íntimos de los dos, era la prueba fehaciente de que la seguían queriendo. Si el afecto fuera gasolina, ella habría podido dar la vuelta al mundo con todo aquel carburante. Pero tendría que haberse ido a darla entonces, entre los primeros platos (daditos de bacalao con tomate y olivada, tarta de cebollas, berenjenas asadas con sobrasada y miel y flores de calabacín rellenas de queso y anchoas) y el segundo (rape alangostado con mahonesa de mango o mahonesa de eneldo, acompañado de ensalada de algas), porque media hora después habría sido demasiado tarde.



Es curioso lo mucho que puede uno equivocarse con respecto al lugar donde se agazapa el peligro. Porque en aquella reunión había una bomba. Una bomba de la que sin duda los asistentes tenían plena conciencia y con respecto a la cual debían de haberse propuesto, colectiva o individualmente, que por nada del mundo debía explotar. Pero es difícil controlar los azarosos derroteros de una conversación donde además las bebidas espirituosas disuelven poco a poco el autocontrol. Por más que se hubieran propuesto sortear la cuestión, por más que al principio todos tuvieran claro lo que no había que mencionar, era difícil evitar meteduras de pata. Porque no cabe duda de que eso es lo que fue: una metedura de pata. Lo adiviné por la

reacción de los demás, que se quedaron en silencio y como paralizados en una expresión de horror. «Oh, no», estoy segura de que pensaron al unísono. El que hizo estallar la bomba era quizá el más simpático de todos: un arquitecto muy querido por la Formidable y por los demás, nacido en una familia numerosa, y que comía acercando mucho la cabeza al plato, como para evitar que alguno de sus hermanos le robara el manjar. Fue a él a quien se le escapó, en medio de no sé qué anécdota, la desafortunada alusión al suicidio de J. En cuanto lo hubo dicho, también él se quedó en estado de *shock*, con la frase inacabada colgándole de la boca abierta, los ojos desorbitados y la consternación escrita hasta en sus hombros hundidos. En ese momento la Formidable podría haber estado en uno de sus múltiples viajes a la cocina para traer alguna cosa que faltaba, pero se encontraba en la mesa. También podría haber estado absorta en otra conversación independiente de la del arquitecto, pero no lo estaba. Podría no haber estado demasiado atenta, inmersa en alguno de esos breves déficits de atención, pensando «Qué rico me ha quedado el rape», pero prestaba atención porque el arquitecto era uno de esos tipos que convierten hasta la anécdota más tonta en pura fruición para quien tenga la suerte de estar escuchando. «¿J. se ha suicidado?», preguntó ella tras un silencio abismal. Nadie comía, nadie bebía, nadie se atrevió a contestar. En el equipo de música sonaba «Malamente», qué casualidad funesta. El «Malamente, mu mal mu mal mu mal» de Rosalía era una redundancia tan hiriente que una de las invitadas se levantó a parar la música. «¿Cuándo se suicidó?», fue la siguiente pregunta que hizo la Formidable. Por algún motivo se había levantado y habló apoyada en el respaldo de su silla. ¿Se había levantado para que su malestar envolviera mejor a todos los presentes? ¿O era solo una de esas cosas irracionales que hace la gente cuando está ofuscada? Nadie comía, nadie bebía, nadie se atrevió a contestar. Solo se oía el rumor de las olas batiendo contra las rocas cuando la Formidable volvió a la carga: «¿Cuándo se suicidó J.?». «No recuerdo la fecha exacta», farfulló el arquitecto, sin duda porque en ese momento todos clavaban sus miradas en él. ¿Le estaban recriminando su metedura de pata o, por el contrario, eran presas de un ataque de piedad? ¿O acaso solo lo estaban acuciando a hacerse cargo de las respuestas a las preguntas de la anfitriona? «No digas gilipolleces», le replicó ella, con una autoridad que yo jamás le había visto. «¿Cuándo se suicidó? Dime cuándo lo hizo». (¿Qué quién era J.? ¿Cómo puedo haberme olvidado de aclararlo enseguida? J. era el gigantesco amigo del Formidable que pidió alojamiento durante una semana y a quien la furia de ella y la posterior pelea expulsaron de aquí). «Dime cuándo fue, cuándo fue, cuándo fue…», ametralló la Formidable, que parecía dispuesta a seguir preguntando hasta el Juicio Final. «En mayo», se rindió el

arquitecto, con la voz de alguien que acabara de despertar de un ataque catatónico. «¿Qué día de mayo?», insistió ella paseando la vista entre la consternada pandilla de los invitados, «seguro que alguien lo sabe». «A veces es mejor no saber», contestó el arquitecto con la vista fija en su plato. «Yo sí quiero saber», respondió la Formidable, «¿por qué no sabía nada? Si nadie me lo ha dicho es porque en el fondo creéis que yo tengo la culpa». «Nadie ha dicho eso», dijo una de las invitadas. «Pero lo pensáis, lo pensáis, seguro que lo pensáis. Si no, me lo habríais dicho antes. Alguien me habría dicho algo».

Dudo que haya habido a lo largo de la historia una velada que después de una cosa así pudiera enderezarse. Esta, desde luego, se hundió por completo pese a los múltiples intentos que hicieron los presentes —a cuál más desafortunado— para arreglar la situación. El excelente rape quedó en casi todos los platos, junto con sus acompañamientos, el postre se quedó esperando en su estante de la nevera y aunque los invitados apuraron sus copas, no abrieron ya más botellas. La luna llena seguía exultando en el cielo cuando entre la medianoche y la una —una hora ignominiosamente temprana— desfilaron todos. Decir que se fueron con el rabo entre las piernas es ser poco elocuente. Era un ejército de zombis el que abandonó esta casa. No bien se marcharon, mi propietaria cogió el móvil y llamó al número del Formidable. Nadie lo cogió y ella insistió varias veces. Cuando se rindió a la evidencia de que él no contestaría, salió a mirar el mar. Estaba histérica y desquiciada, al borde de la combustión. Adiviné que le dolían todas las terminaciones nerviosas. En lugar de sentarse, se quedó de pie, aferrada a la barandilla. Yo juraría que hubo un momento en que hizo un esfuerzo enorme, y todos los músculos se le crisparon, para no tirarse por el balcón.

V

NEVERMORE

¿Qué futuro podía quedarle a la Formidable después de lo sucedido? O mejor dicho: ¿qué futuro nos esperaba a ella y a mí, que tan involucrada estaba en su porvenir? ¿Qué teníamos por delante? Días y semanas de ansiedad y de angustia. Lamento decir además que mi propietaria no hizo más que estupideces. Una sandez detrás de otra en una cadena imparable. Por supuesto, no cejó hasta averiguar el día exacto del suicidio de su amigo y lo que descubrió no era algo susceptible de ayudarla a recuperar su salud mental: J. se había suicidado solo un día después de haberse marchado de aquí y ella se obsesionó con eso. Con su grandísima culpa. En su desbarajustada mente, era ella quien le había administrado la puntilla al gigante, que se marchó de aquí escoltado por la retahíla de insultos que ella le había escupido e, incapaz de levantar cabeza, se arrojó al metro. Se sentía tan responsable como si ella le hubiera ido hurgando en las neuronas con un escalpelo hasta inocularle la idea de quitarse la vida. Todas las noches se despertaba varias veces en mitad de una pesadilla. También estaba loca por hablar con el Formidable, que no cogía el teléfono por más que ella insistiera. E insistía. No hacía más que eso. Siempre había sido tenaz, la clase de persona que no puede estarse quieta hasta derribar los obstáculos que se le ponen delante, pero ahora estaba desatada. Llamaba cada media hora y dejaba mensajes de voz cada vez más patéticos y rastreros que me niego a reproducir, no solo por ella sino por mí, que preferiría olvidar esas indignidades. Pero sospecho, por lo que pude deducir de conversaciones telefónicas, que hizo algo más que llamarlo. Debió de ir a buscarlo a la entrada o a la salida del trabajo, y no una sola vez, y sin duda él rechazó cualquier trato con ella. En su neurosis profunda, hablaba mucho sola. «La cordura, la cordura, mantener la cordura», había dejado de ser su mantra favorito. «Nunca me perdonará y nunca me perdonaré», era la frase que dominaba el *ranking* en esa fase, seguida muy de cerca por «No quiere verme ni en pintura» y «Nunca más, nunca más», como el poema de Poe.

También tengo sólidos motivos para creer que ya no iba al terapeuta. Para empezar, ya no tomaba pastillas excepto para conciliar el sueño y, aun así, rara era la noche que dormía más de tres horas. Si dormía poco, el capítulo de la alimentación tampoco iba viento en popa. Parecía haber perdido el gusto por la comida y empezó a adelgazar. La salud que irradiaba cuando volvió de vacaciones era un recuerdo remoto. Con el sistema nervioso más alterado que nunca por la falta de sueño, las cosas se le caían sin cesar de las manos. Rompía vasos y platos, volcaba las macetas y se derramaba la tierra, y objetos pesados en caída libre iban excavando cráteres en el suelo. Una mañana se le cayó de las manos un tarro de crema en la terraza. El tarro rodó por el suelo con esa perversidad que caracteriza a la materia, pasó por debajo de la mampara y, en lugar de ir a parar al piso de la planta baja y de matar al perro o a uno de los jubilados que habitaban allí desde hacía semanas —añadiendo así un delito punible a la culpa intangible, tal y como ella temió mientras se asomaba por la barandilla con el ay en el cuerpo—, el tarro, digo, rebotó en un toldo providencialmente extendido y reventó en la calle, donde una serie de chuchos hundieron en la crema sus trufitas, fascinados por la nueva fragancia, durante unos cuantos días.

Tantos eran los desperfectos que provocaba la Formidable que al final el día se le iba en la reparación de estropicios. El tiempo se le echaba encima y casi no hacía nada más, no podía ni escribir. Porque si antes ya no era un genio limpiando, en esa etapa de su vida, cuando se ponía a adecentarme lo único que conseguía era empeorar las cosas y un pequeño percance acababa convertido en una calamidad. Sus esfuerzos conseguían justo lo contrario de lo que pretendían. Yo no podía evitar preguntarme por qué diablos se empeña alguien en hacer algo que no se le da bien, que nunca se le ha dado bien y que jamás se le dará bien. No sé si escribiendo tenía capacidades como para revolucionar la Historia de la Literatura, o si por lo menos había procurado placer a algún lector con sus libros, pero cualquiera que la viera empuñar desaforadamente bayetas y escobas y arremeter contra la mugre con aires de psicópata y resultados deplorables que, encima, la arrojaban a un abismo de desaliento, no tardaría en llegar a la conclusión de que mi propietaria no estaba hecha para esos menesteres y jamás llegaría a estarlo. O se moriría de risa, porque había algo ridículo en aquel incesante provocar catástrofes cada vez mayores. Al principio de su obsesión, el Formidable se reía de ella y trataba de empujarla a reírse de sí misma. Hasta que se le congeló la risa.

Que ella siguiera empecinándose en limpiar cuando podía haber contratado a alguien eficiente que se hiciera cargo de todo era preocupante. No tenía coartada: ni era un ama de casa ni iba corta de

dinero. Y aún había otra cosa: su torpeza se había acentuado con el paso del tiempo y su creciente neurosis, de modo que, amén de romper cosas, chocaba con muebles y puertas e iba llena de contusiones. Por qué no dejó de obsesionarse con la limpieza en un ataque de lucidez es algo que no entiendo. Es cierto que siempre me había parecido un poco locatis. Pero era inteligente. Era aguda e ingeniosa. Tenía don de lenguas. Resultaba elocuente. Tenía un montón de amigos que la querían mucho. Me sacaba de quicio que ninguna de esas cosas le sirviera de nada. ¿Por qué a veces la inteligencia no sirve para nada? Era obvio para mí que malgastaba su talento, su energía y su vida. ¿Había algún amigo que viera lo que yo con tanta claridad veía y se dispusiera a ayudarla? No conozco la respuesta aunque supongo que sí. Insisto en que eran muchos los que la querían. Pero de nuevo empezó a dejar sonar el teléfono cuando la llamaban. Echaba un vistazo para ver quién era pero no contestaba y se iba a la otra punta para no oír el tono. Yo estaba deseando que se acabaran las vacaciones y regresara al trabajo, que le impediría pasarse todo el santo día sumida en futilidades. Pero estábamos en septiembre y el curso en la escuela no arrancaba hasta octubre, así que aún tenía un mes por delante para explorar a fondo el arte de provocar catástrofes domésticas. No se acababa nunca. Limpiando una mancha tiraba algo que provocaba una mancha mayor y más difícil de eliminar y así sucesivamente en un bucle pernicioso. Entre una cosa y otra el estado de sus nervios empeoraba a ojos vista. Ya casi no se movía sin derribar algo a su paso. Yo seguía viendo su salvación en el trabajo, que la apartaría unas horas de mí y la obligaría a salir de sí misma y a relacionarse, pero me preguntaba, cada vez más inquieta, si sería capaz de volver a dar clases en sus circunstancias. Ocurrió entonces algo ante lo que ella reaccionó de una forma inquietante. Una noche, al levantarse medio dormida para hacer pipí, derribó a su paso la lámpara de la mesilla y, cuando trató de recogerla, se clavó en los pies descalzos los cristales de la bombilla. Aullando de dolor, tiró sin querer la mesilla con todo lo que tenía encima: el vaso de agua y las pastillas, la radio despertador y el móvil, varios libros y revistas, su par de gafas favorito y un frasquito con un ungüento aceitoso que se ponía para relajarse antes de irse a dormir y que ahora se derramó por el suelo, donde se mezcló con los rastros de sangre que iban dejando sus pies. Cuando encendió la luz y descubrió los desperfectos, que incluían dos cráteres en el suelo del tamaño de una canica, ocasionados por las sucesivas caídas de la lámpara y el vaso, que quedó milagrosamente intacto aunque había rodado como si quisiera ver mundo, se echó a llorar y no dejó de hacerlo mientras recogía. Por más que pasara el mocho una y otra vez, lo único que conseguía era contribuir a la expansión imperialista del unto pringoso, que ya

embadurnaba más del doble de la superficie inicial. Al percatarse de ello, su llanto redobló. También se dio cuenta de que había pisado el pringue y había dejado la huella de sus pisadas por el dormitorio y el cuarto de baño. Se quedó quieta unos instantes y pensé que capitularía. Flaca, con bolsas en los ojos y llorando a moco tendido con el mocho entre las manos, daba una pena enorme, sobre todo si la comparabas con el torbellino de vitalidad que había desembarcado en mis dominios solo un año atrás. Pero lo peor aún estaba por llegar. Cuando más de una hora después, restableció una apariencia de normalidad en su habitación (aunque el suelo seguía pegajoso y la lámpara de la mesilla ya no daba luz y los libros estaban rebozados en agua y aceite y la pantalla del móvil se había convertido en una telaraña), en lugar de meterse en la cama, se fue a su mesa, encendió el ordenador, abrió un nuevo documento y se puso a teclear mientras se sorbía los mocos. Por segunda vez volví a espiar lo que mi propietaria escribía y, si en la primera ocasión el poema que leí me puso los pelos de punta, tampoco esta vez calmó mi inquietud el texto. Claro que llamarlo texto es mucho decir. Digamos que es una palabra que le viene tres tallas grande a lo que producía la Formidable. Es cierto que había escrito más de media página en un periquete cuando de costumbre era más bien lenta. Pensé que era la desesperación la que le cargaba los motores, pero me equivocaba. En el documento solo había una frase repetida muchas veces: «Soy una amenaza para mis amigos y una amenaza para esta casa». Cuando hubo llenado una página entera sin la menor variación discursiva, sin molestarse siquiera en corregir la irritante repetición de la palabra amenaza, conectó la impresora e imprimió la Obra Magna. Luego, lo apagó todo y, sin perpetrar más destrozos, cogió una colchoneta, una almohada y una sábana limpia, las sacó a la terraza y se echó a dormir en la improvisada yacija, como si fuera un perro.

Un ridículo ataque de ternura me embargó al verla abrir los ojos legañosos al amanecer. Se los frotó, miró a su alrededor aturdida y cuando por fin comprendió donde se hallaba y vio una flor de hibisco de color bermellón, suspendida y acariciada por una suave brisa, justo sobre su cabeza, como si se hubiera abierto con la única misión de darle los buenos días, una sonrisa le iluminó el semblante. Estúpida de mí, esa sonrisa me tranquilizó. Pensé que lo de la noche anterior había sido un arrebato, un ataque transitorio, un hecho aislado que no se repetiría. Después de un rato contemplando el techo, las flores y el cielo y rumiando quién sabe qué, se levantó y entró en la casa de una forma extraña: caminaba de puntillas, como un ladrón o un intruso que no quiere ser descubierto. Refrenando su habitual velocidad de coche deportivo, andaba muy despacio, con los brazos muy pegados a los costados, supongo que para no tirar nada y, en lugar de arrearme

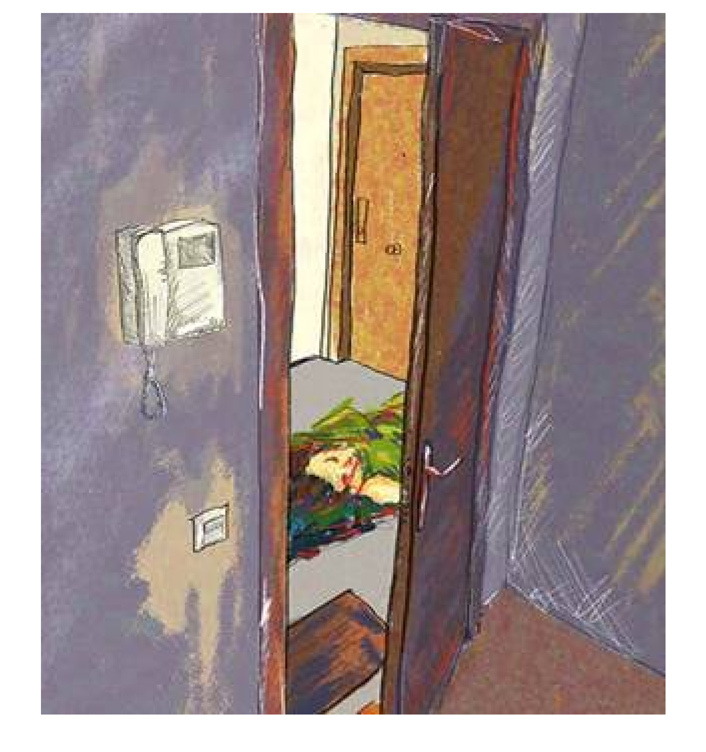
las vigorosas zancadas que percutían en mis paredes y me hacían vibrar, procuraba pisar con suavidad sigilosa, como lo hacía Solange cuando me visitaba. Pero la Formidable no era Solange. Lo que en Solange era sutil y natural, ella lo exageraba hasta la deformidad. Desprendía un aire místico o grotesco, según se mire. ¿Fue al verla hacerse el desayuno con los movimientos etéreos de un ectoplasma cuando la idea de que había enloquecido se me metió en la cabeza? Abría la nevera y cogía los enseres como a cámara lenta, con mucha ceremonia y retórica gestual. Por momentos parecía una bailarina de danza contemporánea o la practicante de algún rito oriental y, al mismo tiempo, su parodia. Aunque es cierto que aplicando esa estrategia no se le caía nada, cada vez estaba más claro que había perdido el juicio. Yo habría dado lo que fuera por poder confortarla, darle un abrazo balsámico y devolverla a la salud y la cordura de una vez por todas. Pero por mucho que me concentré, el milagro de la llave rota en la cerradura no volvió a producirse, presuntuosa de mí. Me rendí a la triste evidencia de que yo era una casa como otra cualquiera, sin poderes sobrenaturales ni posibilidad de atajar la deriva de mi propietaria, que seguía moviéndose de aquella forma absurda, como una nebulosa en proceso de expansión. Desayunó en la terraza y tardó una eternidad en hacer el trayecto de una punta a otra cuando no son más de diez metros. Todo lo que hacía era normal (preparar un té y unas tostadas, untarlas en aceite), pero la forma de hacerlo convertía sus actos cotidianos en aberraciones. Mi parte optimista se aferraba a la idea de que tarde o temprano se le pasaría, pero la pesimista soltaba una risita sarcástica.

La cansina coreografía de movimientos ectoplásmicos prosiguió todo el día, incluso mientras restregaba el suelo pegajoso de su dormitorio hasta dejarlo, si no impoluto, sí algo menos pringoso, aunque la cantidad de esfuerzo empleada distaba mucho de ser proporcional al mísero resultado. Al verla actuar así, moviéndose a cámara lenta, exploré los abismos de la contradicción: le habría dado unas cuantas bofetadas, a ver si reaccionaba y, al mismo tiempo, en una trama emocional paralela, me había vuelto pura pena y conmiseración. Cuando hubo limpiado la casa de arriba abajo con la imperfección de costumbre, se puso de nuevo a escribir, esta vez cinco páginas, todas ellas cubiertas con la letanía en que se había estancado, como un barco embarrancado: «Soy una amenaza para mis amigos y una amenaza para esta casa». Parecía más satisfecha que nunca al apagar el ordenador. Cualquiera habría pensado que había producido páginas de una calidad nunca vista. Ni siquiera había corregido la repetición que tanto me exasperaba. Por la noche, después de una cena frugal que, sin embargo, se eternizó porque entre bocado y bocado recogía meticulosamente cada migaja que aterrizaba en la

mesa o el suelo, volvió a acostarse en la colchoneta de la terraza. Por extraño que parezca, concilió el sueño enseguida, como si castigarse a dormir a la intemperie le devolviera la paz o como si la lentitud con que se había movido toda la jornada la hubiera extenuado. Al fin y al cabo, para una naturaleza supersónica como la suya, más Ferrari que Volvo, ir a cámara lenta suponía ejercer sobre sí misma una violencia enorme. Se hallaba inmersa en aquel sueño profundo, y yo velaba como una madre su respiración pausada, cuando la despertó el retumbar de los truenos de una tormenta eléctrica de insólita intensidad: los rayos descargaban uno detrás de otro, la mayor parte en el mar, aunque a menudo no se veían, ocultos tras el cielo cubierto, de modo que eran las nubes las que se iban iluminando aquí y allá a fogonazos, como si el firmamento nocturno fuera un gigantesco y parpadeante adorno navideño. Un espectáculo así no podía sino fascinar a la Formidable, que se sentó a contemplarlo, felicitándose sin duda por el desaforado ataque de truculencia de la naturaleza. Supongo que se sentía en armonía con el mundo: todo era exceso, dentro y fuera de sí misma. La tormenta, no obstante, no tardó en traer consigo una de esas lluvias apoteósicas que a menudo significan el final del verano. Pensé que la Formidable se refugiaría en casa y se acabaría la tontería de dormir en la terraza, al menos mientras durase la lluvia, pero en los últimos tiempos la realidad se había vuelto tan delirante que siempre erraba en mis pronósticos, porque yo seguía estúpidamente obstinada en aplicar una anticuada sensatez como criterio rector. Eso sí, mi propietaria tomó la precaución de meter dentro la colchoneta y la sábana para que no se mojaran. Sin embargo, a ella, que volvió a la terraza y se sentó de cara al mar, no le importó empaparse. Se reía como una imbécil. No podía parar. No sé cuánto tiempo estuvo riéndose, con la lluvia calándole hasta las bragas de marca. Yo me preguntaba cómo puede alguien que un año atrás parecía más o menos cuerda caer en el abismo con tanta facilidad. ¿Estaba todo el mundo pegado a su salud mental por la punta de las pestañas y cualquier cosa, un piso nuevo al que no se quiere infligir heridas, o el comentario de una madre, podía hacer que enloqueciera? ¿De verdad era así como funcionaban las cosas? ¿Tan frágil es la gente que un soplo de viento puede derribarla?

Cuando mi propietaria se metió por fin en casa, fue dejando a su paso un reguero de agua, aunque, por supuesto, eso tenía arreglo. El problema es que, mojada como estaba, resbaló al llegar a la altura de su mesa de trabajo y, al caer, levantó fatídicamente un brazo que se enredó en las larguísimas ramas de un *epipremnum aureum*, más conocido como potus, colocado en lo alto de la estantería. La maceta, que era de cerámica, se inclinó, se tambaleó y vaciló unos instantes, como en un *thriller* barato, antes de caer y estrellarse con un estrépito

de mil demonios, sobre el cristal de la mesa, que se rajó de arriba abajo, y sobre el ordenador de la Formidable, que quedó hecho un gurruño parcialmente sepultado bajo la tierra del potus, amontonada en forma de túmulo. Porque eso es lo que era: la tumba del ordenador, que acababa de fallecer de un modo nada católico. Para lo que le servía en los últimos tiempos, la reacción de mi propietaria me pareció desmedida: se puso a aullar como un lobo hambriento de carne. También se tiró de los pelos y se arrancó varios mechones con una furia suicida. Otra vez me equivoqué en mis conjeturas, ya nunca daba pie con bola. Estaba convencida de que enseguida se emplearía a fondo para arreglarlo todo, pero no fue así. Igual en su locura destellaba todavía cierta lucidez, la suficiente en todo caso para darse cuenta de hasta qué punto limpiar no era lo suyo y, en cambio, ensuciar, sí. Porque eso es lo que hizo: cogió un rotulador negro de punta gruesa y, a cuatro patas, secando el suelo con un trapo antes de trazar sus garabatos, lo decoró todo con la versión por fin corregida de la funesta frase repetida una y otra vez: «Soy una amenaza para mis amigos y para mi casa». Supongo que suprimió la repetición para que así cupieran más frases. Conté hasta ciento cincuenta y luego me cansé. Fue un trabajo primoroso: una vez que hubo cubierto de caligrafía el parquet, la emprendió con las baldosas de la cocina y los baños para que no quedara ni medio metro de suelo sin garabatear. En cambio, paredes, cristales y espejos se libraron del ultraje, quizá porque la pobre debía de estar agotada. Sin embargo, aún tenía energía para seguir sorprendiéndome. Después de cambiarse la ropa, se tomó un somnífero, cogió la colchoneta, la sábana y la almohada y, caminando de puntillas, como tratando de flotar entre las letras para no borrar ninguna, se dirigió al recibidor, cogió las llaves, se las metió en el bolsillo del pantalón, salió al rellano, extendió ahí sus pertrechos, cerró la puerta y se echó a dormir.



La tormenta seguía desgañitándose en el mundo exterior. Yo no quería pensar. No me atrevía a cultivar el menor pensamiento. Todo era doloroso. Solo me repetía una y otra vez que nada de todo eso habría sucedido si Solange y su familia se hubieran instalado aquí. Me hizo bien abismarme en la contemplación del diluvio. El bramido del trueno se me antojaba caricia. Aunque las ramificaciones de un rayo que descargó horizontalmente en un pedazo de cielo despejado de nubes me hicieron pensar en el colapso de un sistema nervioso.

Un intenso hedor a cloaca se colaba por mis ventanas abiertas a la mañana siguiente. Las gaviotas se peleaban entre graznidos por los restos de basura que flotaban en un mar de color marrón hasta donde alcanzaba la vista. Las gaviotas no son los únicos seres para los que la mierda y los detritus son una golosina. También están las moscas y los buitres, los escarabajos y las lubinas. Supuse que, como de costumbre, los aliviaderos del colector se habrían desbordado después del diluvio y que pondrían la bandera roja en toda esta parte del litoral durante un par de días. En cambio, yo enarbolé la bandera negra de la melancolía. Si albergaba alguna esperanza de que, al despertarse, mi propietaria regresara a cierta normalidad, que entrase en casa y limpiara y pidiera hora al terapeuta y volviera a medicarse, las cosas discurrieron por otros derroteros. Entró de puntillas, pero no metió dentro la colchoneta y la almohada. Estaba tan ida que ni siquiera se percató del hedor a cloaca. Se hizo el desayuno sin cejar en sus

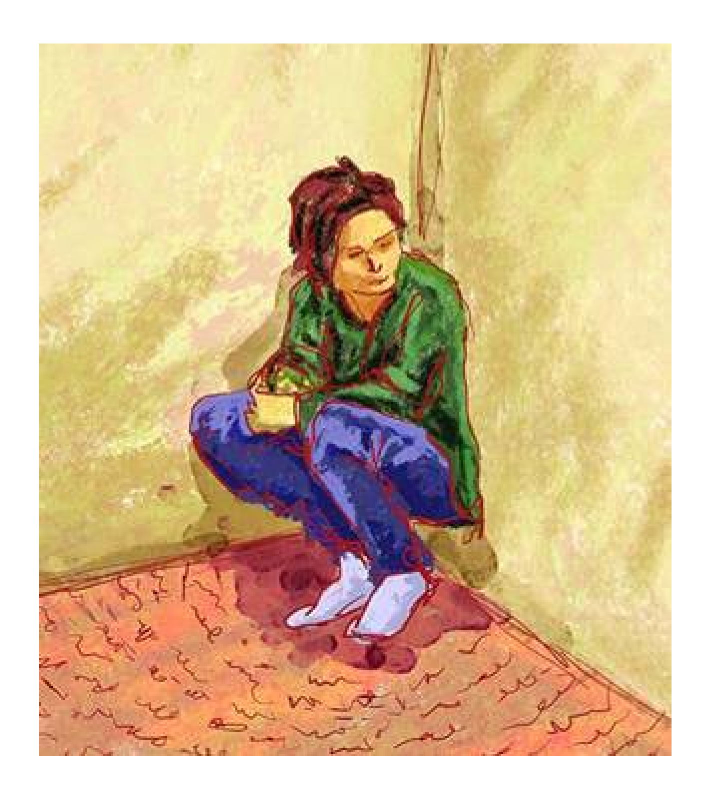
movimientos de ectoplasma y, en cuanto lo tuvo listo, se fue a comerlo al rellano. Lo mismo sucedió con la comida y la cena que, por cierto, cada vez eran menos copiosas. Y así pasaron los días con sus correspondientes noches. La Formidable entraba en mis dominios lo mínimo imprescindible. De vez en cuando se lavaba o se duchaba y se cambiaba la ropa, aunque la frecuencia de esas abluciones fue disminuyendo, y cogía algún libro, siempre del plúteo donde se alineaban los libros de poesía. Aunque no alcancé a ver los títulos, tengo casi la certeza de que uno de esos libros era *Les fleurs du mal*, un ejemplar manoseado, con el lomo color naranja y páginas despegadas. Yo a veces me esforzaba por espiar lo que hacía en el rellano pero, como ella colocaba la colchoneta justo contra la puerta, la mirilla no me permitía verla cuando estaba acostada. Solo podía observarla cuando se levantaba y empezaba a dar vueltas, ridícula prisionera de un encierro autoimpuesto. Oírla, sí que la oía farfullar sus mantras delirantes. Mi única esperanza consistía en que se presentara el cartero y la viera en ese estado, convertida en una paria que no se atrevía a entrar en mi interior para no estropearme, y avisara a la policía. Dentro, las plantas languidecían por falta de riego y el móvil ya no sonaba porque hacía tiempo que la batería se había descargado. Pero alguien, quizá la madre o algún amigo del alma, tarde o temprano se alarmarían ante la ausencia de noticias y se presentarían aquí antes de que la locura fuera irreversible. Día a día su estado se agravaba. A veces hacía gimnasia (lo que era buena señal o a mí me lo parecía) y, unos minutos más tarde, se ponía a aullar poemas en español, en catalán o en francés deambulando o tumbada. Cada vez comía y bebía menos, de modo que sus necesidades fisiológicas también eran cada vez menores y hacía menos expediciones para ir al cuarto de baño. Estaba tan flaca que ya no tenía que esforzarse mucho para hacerse pasar por un ser incorpóreo. Yo oscilaba entre la rabia, la pena y la devastadora culpa por no haber sabido infundirle serenidad ni apaciguar sus demonios. ¿No debería una casa ser en cierto modo un escudo protector, un refugio afelpado y muelle en el que las obsesiones enfermizas se van desvaneciendo o ni siquiera afloran?

Quien apareció por estos pagos, unas dos semanas después del inicio de la etapa del rellano y justo cuando la Formidable llevaba un buen rato declamando poemas a voces, fue el jubilado que vivía desde hacía un tiempo en la planta baja. No debía de ser la primera vez que oía gritos, pero supongo que hasta entonces, por cobardía o pereza o por lo que fuera, no se había decidido a venir a indagar. Subió con un perro de aspecto fiero atado a una correa. Pillada en pleno recital, la Formidable reaccionó con sorprendente aplomo. «¿Lo he asustado?», preguntó al ver la cara que ponía el hombre. «Claro, claro», se contestó a sí misma con una risita suficiente, «qué tonta soy, tendría

que haberles avisado. Es que soy actriz y estoy ensayando un papel para mi próxima obra». «¿Ah, sí?», contestó el buen hombre, que debía de estar tratando de encajar la escena en su noción de lo real, «ya nos avisarás cuando la estrenes para que vayamos a verte mi mujer y yo». «Por supuesto», exclamó ella con un entusiasmo que sonó improcedente. Entonces, para abreviar la escena, cogió las llaves, la colchoneta y los libros y se metió en mis dominios. Me dio la impresión de que el vecino, que se quedó unos instantes en el rellano afirmando con la cabeza, a solas con su perro y sin poder apartar la vista de mi puerta, no las tenía todas consigo. Algo no debía de encajarle pese a las explicaciones. En cuanto él desapareció, mi propietaria volvió a salir con sus pertrechos y a instalarse en el rellano con una sonrisa victoriosa, de reto superado. Pero la alegría no iba a durarle mucho. A la mañana siguiente, el tipo de la inmobiliaria que les había vendido el piso se presentó acompañado, no ya por un perro sino por un mocetón con la envergadura, la solidez y los movimientos de un armario provenzal. No me pareció que vinieran a ver alguno de los otros pisos en venta que quedaban en la planta, porque no se sorprendieron demasiado ante el poco edificante espectáculo de mi propietaria aparcada en su improvisada vivienda. Seguro que el vecino de abajo había llamado a la inmobiliaria para trasladar su inquietud y venían a investigar. Ella debía de estar dormida porque empezaron a bisbisear algo incomprensible. Luego los dos se acercaron a la puerta y desaparecieron de mi campo de visión, supongo que porque se agacharon junto a ella. «¿Estás bien?», preguntó al poco el de la inmobiliaria, cuya voz había llegado a resultarme familiar cuando yo era todavía una casa en venta. Precisamente porque lo conocía, juraría por el tono que estaba impresionado al ver el frágil espectro en que se había convertido ella. Puede que a mi propietaria se le hubiera ido la mano con el somnífero porque el de la inmobiliaria tuvo que repetir dos veces su pregunta antes de que se oyera una respuesta. «Estoy perfecta». Pese a que lo más probable es que acabara de despertarse, sonó seca e indignada. «Mejor que nunca», añadió en el mismo tono expeditivo y hostil. Se levantó y empezó a sacudirse la ropa, en lo que parecía una tácita acusación a los dos intrusos de estar ensuciándola con su mera presencia. «¿No les han dicho que soy actriz y estoy ensayando un papel importante para mi carrera? Y ahora, si me disculpan», fue lo que dijo antes de sacar las llaves, abrir la puerta y refugiarse en mi interior con un portazo que dejó a los dos visitantes bastante turulatos.

Se marcharon de inmediato, tragados por el ascensor, sin hacer comentarios. Pero comprendí que el final se acercaba. Si las explicaciones que le había dado ella al vecino de abajo, mucho más verosímiles, tanto por las palabras como por el tono empleados, no

habían colado, las que acababa de proferir, mucho más sospechosas, no tenían la menor probabilidad de convencer al de la inmobiliaria y al armario provenzal. Apestaban a desvarío. La Formidable, además, descuidaba su aseo y no olía muy bien. Como la vez anterior, espió por la mirilla y, en cuanto desaparecieron los dos hombres, volvió a instalarse fuera. Me dije que sin duda era lo más conveniente para ella porque sería más difícil ayudarla si volvía a meterse en mis dominios. En el rellano quedaba expuesta, con su locura a la vista las veinticuatro horas del día, mientras que, atrincherada en casa, sin contestar al teléfono y sin abrir la puerta, sería inexpugnable, y solo si alguien tenía un juego de llaves, lo que parecía muy improbable a menos que el Formidable conservara las suyas, cabía la posibilidad de que la rescataran.



El teléfono fijo sonó con cierta insistencia horas después de la partida de los de la inmobiliaria. Era obvio que aquellos dos habían puesto en marcha un proceso imparable. Me estremecí al pensar que tal vez era el Formidable el autor de la llamada, para comprobar si eran ciertas las informaciones que sin duda a esas alturas ya le habían comunicado. Yo no podía estar segura de nada, pero confiaba en mis intuiciones. El problema es que ella también debió de caer de bruces sobre la misma sospecha y, a la quinta o sexta llamada, se metió en casa y se precipitó a contestar. Cerró los ojos al oír la voz del otro lado

y, aunque no pronunció nombre alguno, no me hizo falta más para adivinar que su interlocutor, en efecto, era el Formidable. «Estoy bien», dijo haciendo un esfuerzo heroico para que no la traicionara su tono. «Estoy bien», repitió varias veces agarrándose a la estantería para no perder pie. Me pareció que dos fuerzas opuestas ejercían sobre ella una doble tracción. Por un lado, por fin sucedía lo que durante tanto tiempo había deseado: hablar con el Formidable; habría querido atraerlo hasta aquí y echarse en sus brazos pero, por otro lado, ansiaba resistir contra viento y marea y la locura le daba alas. Cuando colgó había conseguido no echarse a llorar. Había mantenido sin agrietarse su afirmación de bienestar pero estaba agotada. Por primera vez en mucho tiempo cedió a la debilidad de tumbarse en el sofá, no sin antes despojarse trabajosamente de los zapatos y consumir sus últimas fuerzas en el empeño, y se quedó dormida en posición fetal, como un embrión flotando en líquido amniótico. Aunque admito que estaba enternecida, no sabía si alegrarme de su regreso al redil. Se despertó tres horas después y, mientras miraba a su alrededor como reconociendo el terreno, me pareció que la Formidable de antes pugnaba por retomar las riendas. Pero fue un espejismo, porque descubrió el reguero de baba que manchaba el sofá y rompió a llorar, de nuevo derribada por una tontería. Recordé una conversación que habían mantenido el Formidable y ella, cuando aún se hallaba en los albores de su obsesión limpiadora. Él la había conminado a no conceder importancia a lo que no la tenía. Yo entonces pensé que eso era algo sencillo, al alcance de todos. Pero si algo he aprendido es que hay memeces, muy pequeñas y muy tontas, que pueden arruinarte la vida si no te andas con ojo.

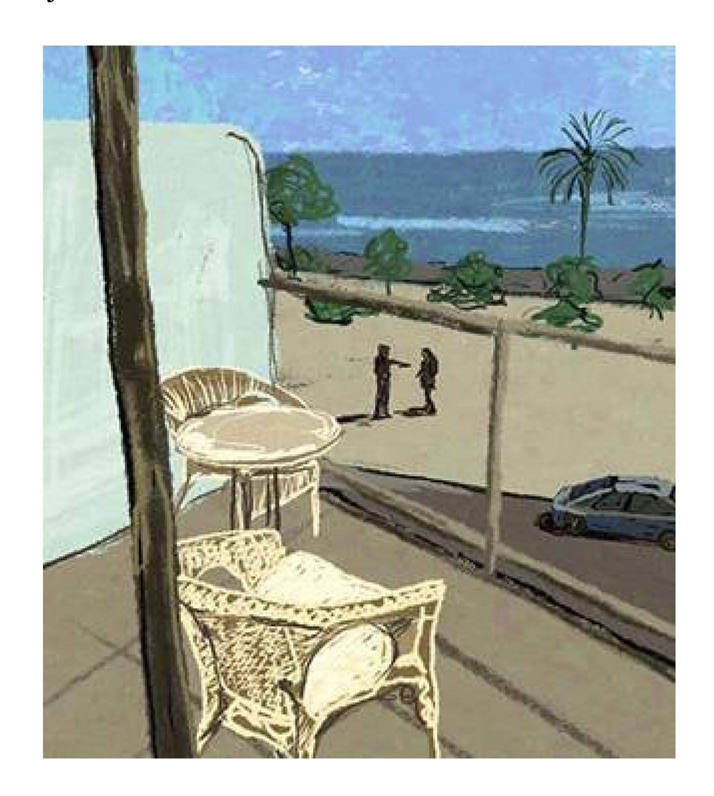
Lo que hizo mi propietaria a continuación me sumió en el desconcierto. Me ahorraré los detalles de la operación de exterminio del reguero de baba tras la cual abandonó mis dominios, sin su yacija esta vez, y bajó las escaleras, con una precipitación que suponía una ruptura radical con los movimientos ectoplásmicos de los últimos tiempos. En el mundo exterior ya no se sentía una amenaza y podía pisar fuerte, tal y como se lo exigía su naturaleza. Y así la vi, tras salir del edificio, caminar a rápidas y vigorosas zancadas hacia las playas y los terrenos baldíos que se extienden entre las chimeneas y el río. ¿Qué pretendía hacer? ¿Respirar aire después del largo encierro? ¿O acaso le reclamaba su anquilosado esqueleto un poco de ejercicio?

Una de esas sonrisas que no auguran nada bueno iluminaba su rostro cuando regresó. Cogió la colchoneta, la almohada y la sábana y las metió junto con un par de libros, gafas, dinero, y una provisión de agua, galletas y chocolate para varios días en una mochila que no había salido del armario donde la había dejado cuando la mudanza, y se marchó a toda velocidad y sin mirar atrás. Si intuía que no

tardarían en venir a por ella y se alejaba para esconderse, ¿no significaba eso que la lucidez conseguía abrirse paso en medio de su ofuscación y que, por lo tanto, aún había esperanza de que volviera a ser la que había sido cuando llegó aquí? Sus pasos aún resonaban por la escalera y apenas si se había alejado veinte o treinta metros hacia las chimeneas y el río cuando apareció un coche, que se detuvo un momento y se puso a seguirla aminorando mucho la velocidad. Reconocí la marca y la matrícula antes de ver al Formidable al volante. Me expandí en un movimiento de júbilo, el primero en mucho tiempo. El Formidable no tardó en detener el coche, apearse y alcanzar a la fugitiva. Ella, que con tanta determinación huía segundos antes con el petate a la espalda, no se resistió lo más mínimo. Él la contempló unos instantes, desaseada y flaca hasta la extinción, antes de quitarle con suavidad la mochila, echársela a su propia espalda, cogerla de la mano y conducirla hasta el coche, donde se dejó meter con la mayor docilidad. Juraría que no hubo intercambios verbales antes de que los dos desaparecieran en el interior del vehículo, aunque estaban demasiado lejos como para que los oyera. De lo que sí estoy segura es de que no hubo abrazos ni besos ni ninguna otra muestra de sentimentalidad. Privada de desahogos, toda la emoción debió de quedárseles dentro, estrangulada, oprimiéndoles las costillas y tornando penosa la respiración mientras se alejaban de aquí.

A ella no he vuelto a verla más ni tengo esperanzas de volver a hacerlo. Él regresó enseguida, dos o tres días después, a meterlo todo en cajas y maletas y a organizar la mudanza, con prisa por deshacerse de mí y de los terribles recuerdos que asociaba conmigo. Mientras estuvo aquí nada dijo de lo que yo pudiera deducir dónde estaba la Formidable, si viviendo con él de nuevo en algún otro hogar, ingresada en una clínica de desintoxicación o en casa de algún amigo. El Formidable estaba taciturno e introspectivo, pero el único sentimiento suyo que me llegó fue la intensa melancolía que encontrarse en mis dominios provocaba en él. Yo era un lugar donde había sido desgraciado y donde no quería estar ni un minuto más de lo imprescindible, eso se notaba a la legua. Me encogía el corazón verlo empaquetar las cosas a toda velocidad, él cuya lentitud reflexiva siempre se había contrapuesto a la velocidad de ella. Se quedó hasta que los de la mudanza lo vaciaron todo y luego dio un portazo, más propio de ella que de él, y desapareció de mi historia. Aunque aún hubo un colofón: al arrancar presuroso su coche, con ganas de alejarse para siempre jamás, estuvo a punto de arrollar a una ciclista, una mujer rubia y vaporosa que me recordó mucho a Solange no solo por su aspecto, sino por la calma imperturbable con que encajó el incidente. Sin gritos y sin insultos. Confieso que primero pensé que no era ella. Al fin y al cabo yo estaba demasiado trastornada para ser

fiable y ella iba muy deprisa. Pero cuando la vi levantar la mirada hacia mí, leve pero significativamente, sin detener la bicicleta, me dije que a lo mejor sí era ella.



Tres meses han pasado desde entonces y aunque aguzo los oídos para que no se me escape el menor detalle de las conversaciones de los vecinos y del tipo de la nueva inmobiliaria que viene a enseñarme a los posibles compradores, no he cazado pista alguna con respecto a los Formidables, así que ignoro el desenlace de la historia que cuento. Solo sé que el invierno ha caído sobre mí. Los días son más cortos. Más que frío, hace un silencio inhóspito. Ya no hay gente en la playa ni pandillas con coches vomitando música atronadora bajo mis balcones. Ni siquiera viene gente a follar por los alrededores. Estoy sola y lo único que adorna mis balcones es un letrero que reza «En venta». Solo una cosa me remonta de vez en cuando la moral: pensar que cabe la posibilidad de que Solange y los suyos vuelvan a aparecer por aquí. Porque tarde o temprano una de esas visitas que me arrancan unos instantes de mi entumecimiento vital y muy a mi pesar vuelven a encender en mí la mecha de la ilusión, acabará firmando el contrato que me hará suya y algo, bueno o malo o ambas cosas a la vez, volverá a empezar.

AGRADECIMIENTOS

Estas páginas no existirían si mi alumna Fara Soler —culpable, culpable— no me hubiera recomendado y prestado tan oportunamente *La casa*, de Mújica Lainez, que me apresuré a devorar y a quien le debo, amén de horas de puro placer, el punto de vista de *Casa en venta*.

Mientras escribía este relato, he sido consciente de «robar» frases, imágenes e ideas procedentes de otros libros, aunque sin duda me he nutrido de otras de las que no soy consciente. En cualquier caso, las ideas, imágenes y frases robadas con absoluta conciencia pertenecen a Antonio Machado, Federico García Lorca, Julio Cortázar, Tibor Fischer y Foster Wallace. También me vino a las mientes *Las madres negras*, de Patricia Esteban Erlés, donde una casa se erige en narradora ocasional. A Pierre Lemaitre le debo la idea misma de estos agradecimientos.

Mi eterno agradecimiento también a mis amigas Olga Merino y Lourdes Porta, que leyeron el manuscrito y cuyos comentarios contribuyeron a mejorar sensiblemente el texto. Y a Mercedes García Ochoa quien, ante la imposibilidad de encontrarlo en España, me trajo de Buenos Aires un ejemplar de La casa.

Por último, mi agradecimiento especial a Cristina Fernández Cubas que, sin dudarlo un instante o tras dudarlo un instante —lo cual no haría sino añadir mérito a la dádiva— me regaló el título, que tenía pensado para un cuento suyo que quizá algún día publique.